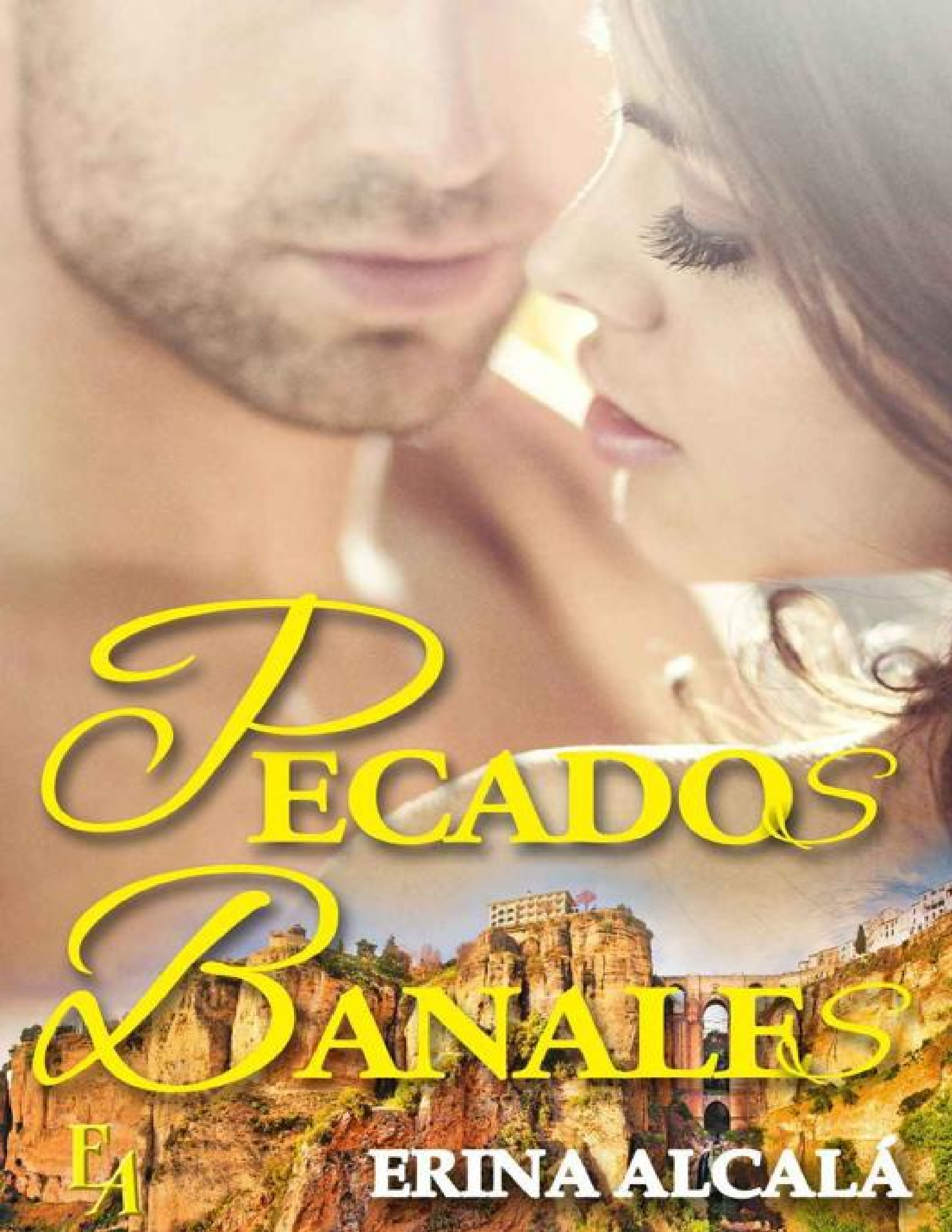




*P*ECADOS

*B*ANALES

E4

ERINA ALCALÁ

PECADOS BANALES

(Erina Alcalá)

**Siempre perdona a tus enemigos,
Nada los hace enojar más.
(O.W.)**

CAPÍTULO I

La tormenta aumentaba y los rayos, casi le caían al lado. Iba totalmente empapada, por la pequeña carrera. No se veía nada, si es que sabía por dónde iba, claro.

Sólo sabía que su padre y la novia de su padre la habían echado de casa. Se había ido con una pequeña maleta y sin dinero apenas a casa de una de sus mejores amigas, en Málaga. Ellas, para animarla, se la llevaron a la discoteca de un pueblo el fin de semana, pero en vez de ir a por la costa que era más animada, fueron con dos compañeros de sus amigas, que ella no conocía, pues eran de otra facultad. Y se fueron con ellos en el coche, y fueron a Ronda.

No recordaba mucho, había bebido más de la cuenta, sin que ella bebiera salvo un par de cervezas, si salía. No le gustaban las bebidas fuertes. Y esa noche bebió.

Y a la vuelta. No le gustó ni sabía dónde iba, y el coche iba de un lado a otro de la carretera.

Pidió a gritos que la dejaran allí mismo, en la carretera.

Y como iban todos bebidos y Lola gritaba, pararon en el arcén y ella se bajó con su bolso. Cogió el móvil y le puso la linterna para alumbrarse.

No sabía por dónde iba y era peligroso y ni siquiera sabía dónde estaba. Sólo que había un arcén de piedrecitas e iba por allí.

Y cuando estaba empapada y cansada de andar, vio una pequeña luz a la derecha como en alto. Iluminó y parecía ser una pequeña casa, pero no veía bien. Así que se dirigió allí por si era alguna familia y la acogían esa noche.

Si había bebido, se le había pasado y no pensaba hablarles a sus amigas nunca más salvo para que les enviaran sus pertenencias.

Subió el camino de tierra allanada, se metió en algunos charcos para terminar de maquillarse la cara con las salpicaduras de barro y por fin llegó a la casa.

Era pequeña y tenía una luz encendida.

Parecía no estar en muy buen estado.

-¡Hola!-grito y dio golpes en la puerta.

-¡Hola! ¿hay alguien?- repitió tres veces y el golpe fuerte abrió la puerta dándose de bruces en el suelo. Se hizo daño en las rodillas y en los brazos intentando sujetarse. También en una cadera. Y soltó una palabrota.

-Su vida no podía ser peor. Y se le saltaron las lágrimas.

-¡Hola!- siguió diciendo.

-Aquí. -Oyó y se levantó del suelo, cerró la puerta y con una silla la atrancó porque se abría con

el viento de la noche. No tenía ni veía llaves, tenía que acudir a esa llamada.

-Venía de detrás de una cortina a la derecha.

Y rodó la cortina.

En una cama había una persona mayor.

-¡Hola!, ¡hola, hija!, ¡estás empapada!

-Hay tormenta. ¿Está enfermo?

-Sí, me voy a morir.

-No diga eso. ¿Ha comido?

-No, en dos días.

-¿Vive aquí solo?

-Sí. De todas formas, no me entraría nada. No puedo respirar. El pueblo está a un kilómetro y medio- y señalaba.

Lola, se asomó a la ventana tras los cristales y efectivamente se veían pocas luces tras la lluvia, en el mismo sentido en el que ella iba caminando.

-Allí hay ropa.

Y fue hacia dentro y encontró otra cortina y un baño, más bien aseo, no había sino una ducha pequeña, vieja, un espejo oxidado, un wáter y un lavabo marrón ya por el desgaste del tiempo.

Al lado otra cortina y una habitación, armario viejo, cama vieja y mesita de noche con una lamparita que no tenía descripción y ni se sabía si funcionaba. Pues sí, con la luz tenue, pero funcionaba.

Abrió el armario y sacó una toalla, se secó. Se quitó la ropa y se puso un chándal y dejó su ropa en una silla frente a una estufa de gas que intentó encender sin que explotara. La llevó al cuarto del abuelo. Y al menos calentaría la habitación.

-¿Cómo se llama?

-Martín.

-Yo Lola, voy a ver qué encuentro en la cocina y hago sopa, es muy tarde. Le tocó la frente - tiene fiebre.

Encontró un sobre de sopa, al que le faltaban dos días para caducar. Y la hizo.

Era de arroz y le dio un buen plato al abuelo y ella se tomó otro.

-Estas pastillas- señaló.

Miró y eran para la tensión, el colesterol, paracetamol y un relajante.

-¿Le duele algo Martín?

-Todo el cuerpo.

-Pues le doy el relajante y un paracetamol. Fruta no hay. Si quiere mañana compro en el pueblo.

-En una cajita, en una cajita -decía agitado.

-¿En una cajita qué?

-Hay dinero. Compra lo que quieras si te vas a quedar.

-Me quedaré, sí.

-En el armario ese, arriba.

-Vale.

Cuando se quedó dormido miró su móvil, se le acababa la batería y la sacó del bolso, le apagó la luz y se fue a la otra habitación, el resto a la derecha era cocina salón si se le podía llamar así, porque sofá no tenía, salvo dos mecedoras desvencijadas y una tele del siglo pasado, que al día siguiente miraría. De momento, iba a dormir. No podía con su cuerpo y eran las tres de la mañana.

Se subió a una silla y cogió la caja.

-Pero qué demonios...

Se sentó en la cama y empezó a contar. El abuelo tenía veinte mil euros en la caja y una cartilla con dinero 50.000 euros.

¿Y vivía así?

¡Madre mía!

Dejó la caja dentro del armario, una manta encima y sacó otra para ella. Se echó en la cama y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, se despertó a las diez.

-¡Qué tarde!

Desorientada recordó todo. Y fue al baño y luego a ver al abuelo.

-¡Buenos días, Martín!

-Me he tomado las pastillas.

-¿Cuáles?

-Las de la tensión.

-¿No puede levantarse?

-No solo, no puedo, ayer ya no pude.

-Venga, vamos al baño y lo ducho. Voy a sacar sábanas y ropa limpia, si encuentro.

Y se dio cuenta de que vivía en la indigencia.

-A ver... Lo voy a bañar.

-No quiero que nadie me vea.

-¿Y una enfermera?

-¿Eres enfermera?

-Sí, señor.

-Bueno, en ese caso. Necesito...

-Haga lo que tenga que hacer, ahora lo baño.

Lo lavó bien con un jabón y unos guantes, lo secó, calculó la talla de ropa y lo sentó en la silla, le hizo la cama y lo acostó.

-¡Qué bien se está!

-Claro, limpito...¿Hay leche?

-Solo un cartón.

Había un vaso solo, para él, y dos magdalenas.

Y se las comió y le dio las pastillas de la tensión.

-Tengo que comprar algo, si quiere que me quede.

-Sí, claro- decía con la respiración entrecortada.

-Martín tiene mucho dinero en la caja.

-Ese no, el del banco.

-Pues a ver cómo lo saco.

Y abrió la mesita de noche y le firmó un papel para sacar dinero

-Dime tu nombre.

-Lola Pérez Galván.

Y firmó.

-¿Cuánto saco?

-Necesita ropa y comida y limpieza. Y tengo que coger de vuelta un taxi. Anotó una cantidad y

ella miró.

-Sobrará.

-¿Tú tienes ropa?

-Ninguna. Lo mío es una historia.

-Cómprate lo que necesites.

-Bueno, me traeré comida hecha si hay hoy, porque tardaré un poco.

-¿No tiene teléfono?

-No.

-¿Ni ha venido el médico?

-No. Ahora tengo enfermera.

-No es lo mismo Martín. Bueno, me voy, voy a desayunar en el pueblo. Ahora vengo.

-Gracias hija. Si te vas con el dinero...

-Nunca haría eso.

-Confío en ti.

Empezó a andar, pero miró la casa.

Era pequeña pero el terreno era grande y a la izquierda tenía una mesa de piedra y asientos alrededor igualmente de piedra y un chocho que daba sombra, precioso.

Era una casita preciosa. Y Martín tenía una pulmonía, seguro, fiebre y le había dado un paracetamol, pero necesitaba antibióticos y pasaría por el médico.

Tardó en llegar al pueblo, pues con los zapatos mojados del día anterior no podía andar más deprisa, menuda facha, un chándal grande, unos tacones el bolso y sin arreglar, se había hecho una cola y ya.

Y por fin entró en el pequeño pueblo.

Preguntó por el banco y allí fue primero.

-Esta es la firma de Martín, el ermitaño. Así le dicen- le dijo el del banco -No es sociable.

-No me lo parece.

-¿Es familiar suyo?

-Sí, he venido de Málaga a cuidarlo.

La gente era cotilla.

-¿Eres nieta suya? Solo tiene uno y viene poco.

-Yo soy nieta también. Pero el otro nieto, no me toca nada.

-No lo sabíamos.

-Estaba enfadado con mis padres.

-Bueno, aquí tiene el dinero.

-Gracias.

-¿Hay algún bar para desayunar?

-Sí señorita Lola- y le indicó cómo llegar.

-Necesito también el consultorio y tienda de ropa y comida. No tiene de nada.

-No me extraña.

-Bueno, ya tengo todo anotado, gracias.

-De nada, a su disposición.

Después de desayunar, se fue al consultorio y habló con la enfermera.

Le dijo que el médico debía ir a visitar a Martín hoy sin falta.

-¿Y eso?

-Creo que tiene una pulmonía. O en el peor de los casos, neumonía.

-Irás sobre las dos cuando termine la consulta.

-Muy bien, gracias.

Y se fue a comprar una maleta y ropa para los dos en la única tienda de ropa que había. Era como un almacén y compró de todo.

Luego a la tiendita del pueblo hizo una gran compra y el chico la llevó en la furgoneta pequeña a casa.

Y ella le dio propina. Le ayudó a sacar todo y lo dejó en la habitación. Había comprado también sábanas, toallas y mantas. Dos colchas y cortinas nuevas.

Con todo no gastó más de la mitad de lo que le había dado.

Se despidió del chico y fue a ver al abuelo.

-¿Cómo está Martín?

-Me duele el pecho, no puedo respirar.

-Sé que tiene una pulmonía, si no se le ha vuelto neumonía. Tiene que cuidarse mucho.

-Te he hecho un cheque, por lo que me queda en el banco.

-Pero no puede hacer eso Martín.

-Por si me muero. Eres buena. Le diré al médico que te dejo la casa. ¿Tienes casa donde vivir?

-No.

-¿Me contarás tu historia niña?

-Sí, después de que limpie y coloque las cosas.

-Le he comprado compota de fruta como a los niños, se va a comer una ahora.

-No puedo tragar.

-Por eso se lo he comprado molido.

Y se comió una y le dio un paracetamol y se quedó dormido. No le gustaba nada la respiración que tenía.

Lola, limpió la pequeña cocina y la nevera con lejía y unos guantes porque eso estaba para tirarlo.

Colocó la comida. Y limpió el cuarto de Martín, le quitó la manta y la colcha y se la puso nueva y la cortina.

Aquello ya era otra cosa. Miró el cheque que le había dejado y lo guardó en su mesita de noche.

Fregó la entrada, y la cocina por si venía el médico.

Y dejaría el baño y la otra habitación para después de comer.

Cuando el médico llegó y lo examinó...

Tapó la cortina.

-Le va a mandar unos antibióticos.

-No tiene sentido. Me voy a morir.

-Y dale, ¿por qué?

-Lo siento.

-No lo voy ni a mover ni enviarlo al hospital, Lola. ¿Tiene coche? No, solo carnet, pero no tengo coche.

-Si es su nieta, debería comprarse uno.

-Lo haré. ¿Y él?

-Cuidados paliativos, lo siento.

-¿Tan mal está?

-Sí, tan mal, si dura una semana será un milagro, espero que cuides bien a tu abuelo. Me ha firmado un testamento y se lo enviaré al notario, te deja la casa, el dinero ya te lo ha dejado.

-Sí, pero...

-Mujer, si vas a vivir aquí, tienes que comprarte un coche y arreglar la casa, puedes agrandarla para el otro lado. ¿En qué trabajas?

-Ahora no trabajo, he venido a cuidarlo, acabo de terminar enfermería.

-¡No me digas!

-Sí, pero solo he hecho las practicas.

-¿Quieres trabajar en el consultorio?

-Tiene una enfermera.

-No es enfermera. Más bien recepcionista y me ayuda. Pero se va en un mes. Es sevillana.

-Pues me encantaría.

-¿Tienes el título?

-Se lo pediré a mi amiga, lo tengo en su casa.

-¿Sabes qué dirección es ésta?

-No, nunca lo supe.

-Anota, y que te manden todo aquí.

-Gracias.

-También te enviarán la escritura de propiedad, me llevo la vieja. Si me puedes dar algo de dinero...

-Sí, tome, y le dio lo que le había sobrado menos doscientos euros y algo suelto. Ella también tenía el suyo.

-Pues te dejo. Ya le administras la morfina, nada más, en cuanto no se despierte. Mientras sopas y molido todo, un poquito de fruta. Y cuando se vaya mi recepcionista. Te llamo

-Gracias.

-Mira a ver si tiene seguro de decesos, si no hay que pagar el entierro.

-No hay problema.

-Me llamas, aunque pasará por aquí dentro de tres días.

-Gracias doctor...

-Llámame Javier.

-Gracias Javier.

Javier era un médico de unos 50 años, canoso, alto y delgado e imponía autoridad. Tenía un cierto atractivo y sabía lo que hacía. Era seguro. ¿Cómo podía estar en ese pueblo de mil habitantes?

Bueno, no que no sabía era nada del verdadero nieto de Martín, ni tampoco por qué tenía internet. Llamó y se conectó.

Hizo una sopa y para ella una pechuga de pollo.

Y le volvió a dar de comer al abuelo y terminó de limpiar la casa.

Al día siguiente barrería la entrada de fuera. Y colocaría la ropa, quitaría etiquetas.

Menos mal que a él no le había comprado mucha ropa, dos chándal y tres pijamas, zapatillas y una ropa de vestir. Ropa interior poca y ya. Ella se compró más.

¿Dónde estás Lola?- se dijo.

Y llamó a su amiga, le dio la dirección y le dijo que le enviase sus cosas por una agencia de transportes, le dio la dirección.

-¿De verdad Lola te quedas ahí?

-He encontrado trabajo.

-¿De enfermera?

-Eso es, en un consultorio.

-Pero si tienes que aprobar oposiciones...

-Ya me lo dirá el doctor, a lo mejor entro como contratada o interina.

-Bueno, que tengas suerte, tú lo pagas al llegar.

-Claro mujer.

-Un beso.

-Un beso, Paula. Y gracias.

CAPÍTULO II

A los dos días recibió su maleta y su ropa, su pc y sus documentos, su título que era importante para el trabajo. Los colocó como pudo.

Y al tercer día, Martín ya no abrió los ojos y ella cuando hacía un gesto de dolor, le ponía la dosis de morfina que el doctor Javier le había recomendado.

El apareció ese día a la una, cuando terminaba la consulta. Y ella le dijo que esa mañana ya no despertó.

-Le queda poco Lola, ya tú bien lo sabes, la respiración se vuelve lenta y está sufriendo. Le pones la morfina tres veces al día, quizá no pase de esta noche. ¿Has encontrado entre sus documentos seguro de decesos?

-No, ninguno.

-Pues habrá que pagar el entierro. Aunque aquí en este pueblo no hay tanatorio.

-No hace falta. Llamaré para que me traigan una caja, lo velo aquí y contrato un coche que lo entierren y una lápida.

-Toma esta tarjeta. Puedes contralarlos y pagarles. Son baratos. Cuando en el pueblo no hay un seguro se llama a ellos. Y te hacen todo, una lápida bonita con su nombre y si encuentras una foto...

-Tiene una mucho más joven.

-Servirá.

-Bien , pues los llamo, lo visto y lo preparo.

-Nadie va a venir Lola, era antisocial.

-Pues conmigo era muy humano.

-Porque eres su nieta.

-¿Sabes dónde está su otro nieto?

-No, no lo sé, es mi primo, pero no lo he visto desde pequeña. Además, no tenemos la misma sangre. Cuando mi tío se casó, su mujer ya llevaba ese hijo- se inventó.

-Bien, ya vendrá. De momento están enviadas las escrituras.

-Gracias.

-Bueno, me voy, cualquier cosa tienes mi teléfono, tengo que certificar su muerte.

-Lo haré.

Y a la mañana siguiente murió Martín a las ocho de la mañana. Ella llamó primero al médico que hizo el certificado.

Lo había vestido y lavado con la ropa limpia. Y lo dejó en la cama.

Llamó al número de la tarjeta que le dio el doctor y a las once estaban en la casa con una caja.

Y vendrían al día siguiente, le haría el cura una misa en la iglesia, al que llamó y lo llevarían al cementerio.

Eligió una lápida y les dio una foto.

-Esto lo traemos más adelante.

-No importa.

Les pagó y al día siguiente se había enterrado por la mañana a Martín antes del mediodía.

¿Y ahora qué?, se dijo ella. Había heredado una casa que tenía que arreglar. Y le quedaba la lápida cuando se la trajeran y las escrituras.

Iba a arreglar su casa. No le daba miedo vivir allí sola con 24 años.

Iría al pueblo comería en el bar y contrataría a unos albañiles.

Primero se llevó el dinero al banco, menos lo imprescindible, abrió una cuenta a su nombre con todo y sacó una tarjeta.

Pasó por el bar y estuvo comiendo y preguntando por quien podía arreglarle la casa.

Y la chica del bar, le dijo que había un grupo y un maestro albañil que hacía todas las obras en el pueblo.

Y le dio el teléfono.

-¡Hola!, ¿es usted Juan?

-Sí, ¿y usted?

-Soy Lola, la dueña del Colorín, o eso lo llamaban, mi casa.

-Sí, el cortijito que hay a las afueras.

-Ese mismo. Quiero hacerle obra.

-Bien, cuando quiera paso por allí, si le parece esta tarde.

-Me parece. Estaré allí.

-Así me dices qué quieres y te hago un presupuesto.

-Bien, a ver si me da ideas.

-A las cinco, te parece bien.

-Sí, gracias, Juan.

-Y para comprarme un coche- le dijo a la dueña del bar.

-¿Quieres uno?

-Sí.

-Venden uno de segunda mano.

-¿Grande?

-No, pero ve a la gestoría. Allí te informan.

-¿Venden coches?

-Nuevos algunos y otros de segunda mano.

-Gestoría y ventas.

-Eso mismo.

-Vale, voy a ir antes de que cierren, ahora vengo a comer.

-Está en frente, un poco más arriba.

Cuando salió de la gestoría llevaba un coche azul metalizado, pequeño, nuevo de kilómetro cero. Pagó con la tarjeta, le hizo un seguro completo y lo aparcó en el bar.

-Mira Adela- le dijo a la chica

-Ese es nuevo.

-Es pequeño, no quiero un coche grande.

-Ya te lo han vendido.

-Lo tenían allí. Es mío.

-Eso merece una cerveza.

-Sin alcohol, que no bebo.

-Muy bien, siéntate, ¿quieres el menú?

-Sí, tengo hambre.

-No me extraña, estás muy delgada mujer. Mi hija está estudiando en Málaga, está igual de delgada que tú.

-¿Qué estudia?

-Derecho.

-¡Qué bien!

-¿Y tú has estudiado?

-Enfermería.

-Pues...

-Sí, ya estoy contratada por el doctor, pero quiero hacer antes la obra si se puede, claro.

-Hay mucho paro, seguro que sí. Te quedan tres semanas, luego trabajas y ellos también.

-Albóndigas y gazpacho para la enfermera.

Y de postre se tomó un café y se fue a su casa despacio.

Se tumbó en la cama y a las cinco llamaron a la puerta.

-¿Es usted Juan?

-El mismo. Vengo con dos de mis hombres. El resto, los contrato.

-Antonio, electricista y Manuel fontanero- y ella le dio la mano.

-¿Ha visto la entrada?

-Sí, la he visto.

-Bueno la explanada la quiero asfaltar y hacer como un rectángulo en la parte entera.

-Pero de cemento.

-No, a ver qué hay...

-Mira esto son baldosas de campo.

-¡Me encantan!

-Una puerta con alarma, que la necesitarás y tres llaves, una cerrojo...

-Esa me gusta- dijo mirando un catálogo.

-Es rustica.

-Vamos dentro, un escaloncito debes tener para el agua, si llueve.

-Sí igual que la piedra y te limpio la mesa y las sillas son del mismo color, las de piedra.

-Si lo tienes dos habitaciones.

-Y un baño, mira y esto es salón cocina.

-¿Quieres más?

-Sí, a la derecha quería otras dos y el salón más grande.

-Si quieres cortamos las estancias de pladur que es más barato.

-Sí, me gusta.

-Pues te alargo la casa y esta habitación. Y te pongo otra detrás.

-Me gustaría un despacho, abierto en el salón.

-La del abuelo.

-Sí.

Al lado de la ventana abierto al salón con cocina y a este lado el baño dentro de la habitación.

-¿Quieres un hueco y compras un vestidor?

-Sí.

-Bien al otro lado de la cocina y el salón hacemos un pasillo como en este, pero te ponemos dos dormitorios y un baño para los dos y un cuarto de aseo aquí.

-Sí, le haremos tener casi 100 metros cuadrados, el tejado hay que arreglarlo.

-Quiero contraventanas.

Y ya estuvo eligiendo todo.

Menos muebles, el resto lo eligieron.

-A ver... ¿quieres una pileta en la entrada con un grifo igual al resto y una goma para regar?

-Sí. y detrás también

-Te pondremos plantas y algún árbol más y arreglamos el chopo.

-Persianas, cristales dobles, y una cochera a la derecha para dos coches y herramientas, puedes comprar en el almacén.

-Más o menos -y le dio una cantidad.

-Me parece bien.

-Compraré luego los muebles.

-Hay una casa en el pueblo y son buenos, rústicos también tienen.

-Perfecto.

-¿Y si quiero asfaltar la carretera para el coche?

-Pues vamos a medir.

Y se fueron a medir.

-Allanado... unos miles más.

-¿Cuántos?

-Tres.

-¡Está bien! y el tiempo...

-Con los hombres que tengo y ser pladur, dos semanas.

-Perfecto. Medio pueblo aquí.

-Venimos mañana si nos das un adelanto. El alcalde nos va haciendo el permiso mientras sin problemas.

-¿Cuánto el adelanto?

-De la mitad.

-Pues iré mañana al banco.

-Muy bien.

En dos semanas tenía una casita preciosa y en tres todos los muebles y todo colocado.

Era una maravilla. Compró muebles, que le salieron baratos.

-Se gastó lo de la mitad que Martín tenía en el banco al principio.

Así que le quedaba dinero de la caja que encontró en lo alto del armario, para vivir bien.

Y tenía trabajo.

Era feliz, por primera vez en la vida, lo era. Le llegaron las escrituras y le devolvieron un poco para la plusvalía.

Tenía de todo. Y vivir sola en medio de la naturaleza era maravilloso.

Detrás tenía una huerta. Pero que no había labrado, ya le dijo una señora que había un hombre en el pueblo y se la arreglaba y le sembraba, pero de momento ella prefirió dejarla de tierra. Lo que sí puso fueron unas vallas verdes desde la carretera hasta la casa.

La rodeo, hasta el garaje al que dejó el espacio y así parecía tener un porche. Compró una mesa más y balancines, la de piedra estaba fuera y dejó un espacio para salir si quería algo tenía visita. O lo que fuese. Era bonita y estética, y se la habían limpiado.

El sábado la llamó el doctor.

Y le dijo si estaba lista para el lunes.

Y ella se lo dijo que sí, a pesar de cansada que estaba con la obra y colocar y limpiar.

Y el lunes estaba a las ocho en el consultorio. Hasta las dos, con media hora de desayuno.

Tenía un despacho para archivar, pinchar y poner vacunas y demás un ordenador y la puerta abierta a la recepción, tenía que hacer ese trabajo también, pero eran pocos en el pueblo.

-Hay también alguna pedanía.

-Bueno, no pasa nada.

El doctor se encargó de contratarla a través de la Junta de Andalucía, nadie quería ir allí. Y eso que tenía un buen sueldo. Un sueldazo, vamos.

Se hizo al trabajo y algunas veces tomaba el menú casero en el bar de Adela. Le salía más barato que hacerse la comida, se tomaba su cafelito y se iba a casa a hasta el día siguiente.

A veces salía de urgencia, pero pocas.

El doctor Javier estaba encantada con ella, era ordenada, estricta y trabajadora y muy simpática con el personal, humana, ya todos la conocían y la querían. Y a veces les regalaban un dulce casero, magdalenas, lo que fuese.

-Doctor...

-Cógelo es costumbre, sería un desastre, da las gracias y te lo comes.

-Está bien, no quería ser...

-Nada, somos una gran familia y te quieren en los dos meses que llevas aquí.

-Gracias.

-¿Qué tal vives en la casa?

-Muy bien, me encanta.

-Ahora llega el frío y la lluvia.

-Sí.

-Compra una plancha de aluminio y si llueve la pones en la puerta que no se te moje, de un metro o así, por fuera.

-Ya. Si, la compraré.

-Este sábado voy a comprarme ropa de invierno también que ha llegado al almacén.

-Bueno doctor, me voy, hasta mañana.

-Hasta mañana Lola.

CAPÍTULO III

Lola, no había tenido una vida fácil. Ya desde pequeña, cuando tenía seis años, los recuerdos eran confusos, pero en casa siempre eran discusiones y ella se metía en su cuarto, se sentaba en el suelo al lado de la cama y se tapaba los oídos.

Se sentía libre en el colegio. En casa, era todo miedo y pesadillas.

Hasta que un día dejó de ver a su madre y comenzó la paz. Pero como niña que era preguntaba por ella. No recordaba que su madre la abrazara nunca, ni le contara cuentos, ni la arropara, ni la llevara al parque. Sí quedarse encerrada sola en casa.

Así que todo fue una liberación. Con el tiempo supo que su madre los había abandonado y se había ido a algún lugar de Estados Unidos con un americano y dejó a su padre. Le envió los papeles del divorcio y así, vivieron su padre y ella en la paz del hogar. Su padre compró un piso más céntrico, hasta que, con 12 años, un día, llega una mujer. Con una niña de unos ocho años a su casa con maletas y se instaló.

-La novia de papá, cariño, se llama Vero y esta es su hija Rocío - le dijo su padre.

Y todo cambió de nuevo.

Lola se convirtió en la diana de Verónica, en la criada, en la niñera de su hermanastra, en las críticas de esa mujer bruja para ella y ángel para su padre.

Y así pasaron los años, hasta acabar la universidad. Una vida infernal con cada año que pasaba.

Su padre le regaló el carnet de conducir al terminar la universidad y su madrastra le enseñó la salida de su propia casa, porque la mitad era suya.

Sin embargo, su padre permaneció callado y con la cabeza baja. Al salir con sus maletas y sus cosas personales, le dio un sobre con dos mil dólares. Eso valía una hija...

Tuvo que irse a casa de su amiga mientras encontraba trabajo y ahora estaba allí. Sola, como mejor estaba. Miraba el horizonte desde su casa. Encontró, trabajo, dinero, paz y soledad, la gente del pueblo la quería. Y no necesitaba más.

Solo le preocupaba una cosa. Que algún día apareciera el verdadero nieto de Martín. Porque no sabía quién era. Así que no quería pensar porque le embargaba un cierto temor y miedo a tener que salir de allí, aunque la casa fuese suya, podía reclamar todo. Por tanto, debía guardar todo su sueldo en otra cuenta por si acaso. Eso hacía.

Y fue pasando el tiempo y los temores fueron desapareciendo. Ni su padre la llamó nunca más, ni su madrastra, ni siquiera su hermanastra. Aquello fue un adiós definitivo.

Llegó la Navidad y ya llevaba en el Colorín más de cinco meses, feliz.

Compró un árbol de Navidad en el almacén y puso un pequeño Belén con figuritas que iría

comprando cada año. Le encantaban los Belenes.

Era 23 de diciembre cuando llegaba a casa con la compra de Navidad hecha, y unos días de vacaciones. Hasta el 26. Más adelante tendría también del 30 hasta el dos y los reyes.

Estaba subiendo la cuesta y sintió vértigo al ver aparcado en la puerta un todo terreno nuevo, que a su vez era también un coche, negro. Estaba anocheciendo y del coche salió un chico alto fuerte con el pelo corto y una barbita recortada. Llevaba unas botas y un traje militar de faena. Le pareció guapo, más que eso, impresionante.

Aparcó en el garaje que abrió y salió con las compras cargada.

Y él se acercó a ayudarle hasta la puerta.

-Gracias.

-Dejas pasar a todo el mundo a tu casa sin preguntar.

-Sé quién eres.

-¿Ah sí?

-Sí, el nieto de Martín, no sé tu nombre.

-Jesús- dijo mirándola de arriba abajo.

-Encantada.

-Bueno a ver si puedo decir lo mismo.

-Soy Lola, enfermera y supuesta nieta de Martín.

- Lola qué...

-Lola Pérez Galván.

-¿Has arreglado tú la casa, la carretera y todo esto?

-Claro- dijo poniendo las bolsas en la pequeña isla de la cocina.

-Me gusta qué has hecho con la casa.

Gracias.

-¿Con qué dinero?

-Con el de tu abuelo y el mío, por supuesto- y él sonrió.

-Mi abuelo no tenía dinero. Solo una pequeña pensión y esta casa que se caía a pedazos, bueno la mitad de la casa, porque la has hecho más grande. Me gusta. Esta casa es mía, eso sí. Te pagaré lo que has gastado en ella.

-Creo que te confundes. Nunca haría obra en una casa que no fuese mía. Espera.

-Fue a su dormitorio y le enseñó las escrituras.

-Pero qué demonios...

-Me la dejó tu abuelo por cuidarlo. Murió hace casi seis meses.

-Que mi abuelo...

-Sí- dijo ella colocando todo en su sitio mientras él sentado alrededor de la isla la observaba.

-¿Sabes?, vengo de Morón, cansado y necesito dormir y descansar. Comer también.

-La cena está lista. La caliento. Puedes quedarte.

-Gracias- dijo en tono irónico.

Calentó la cena mientras Jesús, observaba todos sus movimientos.

-¿Quieres meter el coche en el garaje? Mientras pongo la mesa.

-Si cabe...

-Sí, cabe, toma las llaves.

-Ahora vengo, saco mis bolsos y necesito lavarme las manos.

Y metió en el garaje el todoterreno.

-Tiene hasta herramientas, y movió la cabeza riendo. Okupa...

Ya vería qué historia por contar tenía.

Ella le indicó el lado derecho de la casa.

Por ese pasillo, hay dos dormitorios y un baño que los comunican. Ocupa el que quieras, yo duermo en esta parte.

-Dos dormitorios más

-No, uno grande con baño dentro.

Y Jesús, sin decir nada ocupó la primera habitación. Debía reconocer que tenía buen gusto. Un vestidor dentro. Ahí dejó su bolsa. Traía ropa sucia. Tendría que poner una lavadora al día siguiente.

El baño era precioso y completo. Se daría una ducha, después de comer.

Se sentó de nuevo en la isla y cenaron

-La comida está muy buena. Necesitaba ya comida casera.

-Si quieres repetir...

Y repitió.

Después del postre. Ella recogió la mesa.

-Necesito una ducha, ahora vengo.

-Vale, tómate tu tiempo.

-Se duchó y estuvo tiempo bajo la ducha.

Se puso un chándal y salió al salón

Ella había puesto la tele bajita. Y Jesús se sentó en el otro sofá.

-Oye Lola

-Dime- lo miraba y se derretía. Nunca había un tío más guapo ni más bueno, ni que la mirara como la miraba, desnudándola.

-¿Me contarás cómo llegaste aquí?

-Claro, todo lo que quieras.

-Mañana. Hoy estoy muerto.

-Como quieras.

-¿En qué trabajas?

-Soy enfermera en el pueblo.

-¿Qué edad tienes?

-24. ¿Y tú?

-32.

-Me refiero a qué eres. Militar ya lo sé por la ropa.

-Piloto de aviones de guerra. Hace tres días vinimos de Afganistán.

-¿En serio?

-En serio. ¿Desayunamos mañana en el pueblo? Tengo que comprarme algo de ropa y aseo.

-Muy bien.

-Y poner un par de lavadoras.

-A la salida hay un cuarto de lavado. Ya las ponemos.

-Gracias. Voy a dormir. Buenas noches, Lola y gracias por dejarme quedar.

-Buenas noches, que descanses.

Jesús se quedó dormido al instante de caer en la cama. Sin embargo, Lola tardó en dormirse. Lo

que tanto temía había llegado en forma del tío más bueno que había visto en su vida. Estaba alterada. No quería discutir, si quería la mitad de la casa, para los dos. Si él estaba siempre fuera, no la necesitaba. A no ser que la quisiera vender. Rodó por la cama, de un lado a otro hasta que rendida se quedó dormida.

La despertó la puerta de la calle y miró el móvil. Eran las diez. Madre mía. Bueno era Nochebuena. Si iban al pueblo, le compraría un regalo. Tampoco sabía las vacaciones que tenía.

Se levantó, se puso un chándal y unas botas deportivas y se arregló.

-¡Buenos días!

-¡Buenos días dormilona!

-Me costó dormirme anoche. Y no trabajo hasta el 26.

-Me doy una ducha rápida y vamos al pueblo. Tengo hambre.

-Vale. He oído la puerta.

-Sí, salí a correr temprano.

-¿Con este frío?

-Estoy acostumbrado a hacer diez kilómetros diarios.

-¿Diez? ¿A qué hora te has levantado?

-A las ocho.

-Bueno, te espero y vamos.

Y a los cinco minutos él iba en chándal también y se pusieron los chaquetones.

-Llevo mi coche-dijo Jesús, necesita gasolina.

-Como quieras.

-Esta noche es Nochebuena. Has hecho un árbol y un Belén. Bonitos.

- Gracias. Me gustan los Belenes, aunque tiene pocas figuritas. Ya iré cada año comprando más.

-¿Y piensas hacer cena?

-Claro, tengo para los dos.

-Te ayudaré. He visto mantecados y dulces, una tarta pequeña. ¿Pensabas comértelo todo?

-Todo- y él se rio- ¿o tienes a alguien en tu vida?

-No, no tengo a nadie ¿y tú?

-Tampoco. La hubiese traído o me hubiese ido con ella a pasar las Navidades.

-Bueno cuéntame cómo llegaste aquí.

-Vivía en Málaga. Salí con tres amigas y dos chicos que ellas conocían un sábado, fuimos a Ronda.

-¿Y la costa?

-Eso pensaba yo, pero vinimos arriba a la montaña. Bebimos más de la cuenta y no sabía por dónde íbamos, pero me asusté y les dije que me dejaran.

-Y te dejaron...

-Sí, bajo una tormenta de tres pares. No supe cuánto anduve hasta ver la luz arriba, una pequeña luz de la casita.

-¿Por qué no llamaste a tus padres?

-Porque mi madre no sé dónde está, en algún lugar de Estados Unidos, nos abandonó cuando tenía 6 años. Fue terrible. Luego vivimos mi padre yo unos años en paz hasta que metió a su novia y a su hija en casa, y pasé a ser criada, niñera y bueno, cuando acabé la universidad, mi padre y ella me echaron a la calle, el regalo de mi padre fue el carnet de conducir por sacar buenas notas y dos mil euros en un sobre. El de mi madrastra una sonrisa malévola.

-¿La casa era de tu padre?

-Sí, la compró cuando se fue mi madre.

-Es la mitad tuya.

-Sí, pero ya llegará esa hora. Así que llegué a la casa y tu abuelo estaba solo la puerta abierta y él en la cama llevaba dos días. Tenía una neumonía, y lo cuidé hasta el final. Le pague el entierro y me dejó el dinero del banco y la casa que estaba...

-¿Cuánto dinero tenía? Que yo sepa no tenía nada.

-Lo suficiente para comprarme un coche, su entierro y arreglar la casa. Agrandarla y menos mal que encontré trabajo.

-Sabes que hay un huerto detrás.

-Sí, pero no tenía dinero para que viniera alguien a sembrar nada.

-¿Tampoco sabes que tenía las tierras de arriba?

-No, no lo sabía. Nadie me ha dicho nada.

-Pues son 50 fanegas de olivos.

-¿En serio?

-Sí, y es hora de recoger la aceituna. De hecho, deben estar recogéndola.

-Pero si están...

-Son míos, de eso tengo yo la escritura. La están cogiendo. Le pago a un señor del pueblo para que las arregle y las recoja. Ahora cuando me las paguen, le pago lo que ha hecho durante el año y me quedo el resto. Y le regalo aceite.

-¿Es mucho?

-Bastante. Pero me has quitado la casa.

-Sabes que puedes venir cuando quieras. Es tuya también.

-No, Lola la casa es tuya y las tierras mías. El huerto tuyo.

-Bueno, pero estás invitado, claro si traes a alguien, no.

-Bien, lo tendré en cuenta.

-¿Cada cuanto vienes?

-Si puedo en Navidades. Estoy en la guerra.

-¿Cuántas veces has ido?,

-Todas las misiones soy uno de los pilotos.

-¿De aviones?

-Y de helicópteros y aviones grandes, pero sobre todo de guerra.

-Eres un Kamikaze – y Jesús se reía.

-Ya no voy más.

-Me parece bien. ¿Cuántas vacaciones tienes?

-Pues permanentes. Tengo una baja.

-¿Por qué?

-Tengo una ráfaga en la espalda y a veces tengo dolores fuertes. Depende, va por rachas.

-¿Y entonces?

-Cubro mi pensión que no es poco, tengo el dinero de las misiones que no es poco y tengo mis olivos que no son pocos.

-No tienes casa.

-Esta. Si me dejas vivir aquí, te siembro el huerto y te pago un alquiler. Y no estarás sola aquí.

-Con el huerto tengo.

-¿No me quieres cobrar nada?

-Los gastos y la comida a medias.

-¡Qué generosa!

-Si vamos a vivir juntos... tu abuelo no querría que te cobrara.

-No, no lo querría, ni que yo te quitara la casa.

-Bueno, ya haremos cuentas.

-¿Fondo común semanal?

-Mensual y vemos.

-Como tú digas. Siento Lola no haber estado con mi abuelo.

-Si quieres le llevamos flores al cementerio y ves dónde está enterrado.

-Me gustaría. Le puse una lápida con su foto.

-Gracias.

-Venga, ya estamos, primero gasolina y comer.

Y estuvieron desayunando.

-¿Y tú no tienes familia?

-Mi abuelo, nadie más. Mi padre era americano, piloto y murió cuando su avión se estrelló y mi madre era de aquí, pero conoció a mi padre y se fue a la base. Se suicidó y me trajeron con mi abuelo. No tengo más familia.

-¡Qué pena!

-Para nada. Estoy bien, como tú.

-Yo estoy en paz ahora.

-Pues habrá que mantener esa paz.

-¿Te gusta la habitación?

-Es preciosa. Y tiene un vestidor. Pareces americana. Ya me he dado cuenta. Hasta una isla en la cocina.

-Veo los programas. Tengo toda una sala para mí.

-Oye Jesús...

-Dime Lola - le encantaba cómo pronunciaba su nombre.

-¿No te preocupa el cambio de ser de campo habiendo sido piloto?

-No voy a trabajar los olivos, si es eso a lo que te refieres. Tengo a Pedro para eso. Y no le voy a quitar su trabajo.

-¿Y qué piensas hacer?

-Tengo una pensión buena, un huerto, olivos, tenemos aceite a partir de ahora y quizá escriba alguna novela. Me gusta. Una vez que descanse.

-¿Has escrito alguna vez?

-Hice mis pinitos en el instituto y la Universidad.

-¿Qué hiciste?

-Ingeniero aeronáutico, y muchas horas de vuelo del dinero que me dejó mi padre.

Mientras desayunaba, ella lo miró bien, los azules, preciosos, seguro de su padre, nariz recta y mirada penetrante. Una boca para besar, músculos los imprescindibles. El pelo era castaño claro. Y liso. Y 1,87 de estatura.

Él la miraba a ella. Medía 1,60, ojos verdes grandes y el pelo era moreno largo liso, se hacía una cola alta y llevaba un flequillo que la hacía parecer más joven. Y tenía un cuerpo genial. Le encantaba. Tenía modales y era trabajadora, la casa estaba super limpia. Y sabía cocinar.

-¿Qué miras?- le dijo ella.

-Te miraba -Y ella se puso colorada. Jesús sonrió.

-¿Que miras en concreto?

-Eres guapa.

-Lo mismo te digo.

Y él se echó a reír.

-Vale, no eres guapo

-Sí, me gusta saberlo. Después de tantas guerras, necesito unos piropos.

-¡Cómo eres!

-Anda vamos al cementerio. Compró unas flores de paso.

-A él le gustó lo que ella le hizo a su abuelo.

-¡Está perfecto! Le llamaban el ermitaño.

-Sí, pero a mí, no me lo parecía. Me hubiese gustado conocerlo más.

-Venga, hace frío. Voy a ver a Pedro y vamos al almacén.

-Pues compro el pan y te espero en el almacén por si veo algo más que me haga falta.

-Vale, ahí nos vemos.

Así, le compró un par de jerséis bonitos, unos guantes. Hizo un juego más de llaves, algo más de

comida, y el pan.

Y en esas llegó él, se compró perfume, su favorito, caro, un gel, cuchillas de afeitar y jabón, desodorante...

Ella miraba... era coqueto. Un peine, un espejo . Y más cosas de aseo.

Iba a comprar perchas...

-Hay, Jesús.

-Pero me voy a comprar ropa. Me llevo algunas.

Y se compró bastante ropa.

Y cargaron el coche de él y se fueron.

Cuando llegaron, Jesús sacó sus bolsas y ella le ayudó a decirle cómo se ponía la lavadora y la secadora. Allí tenían las cosas de limpieza y plancha, ordenado todo.

-He visto que tienes herramientas en el garaje.

-Si, me lo aconsejó el obrero.

-Bueno, voy a planchar mi ropa y coloco mis cosas.

-Perfecto, yo mientras me meto en la cocina.

Y dejó el regalo en su dormitorio.

-Oye Lola...

-Dime, salió el con una camisa en la mano que estaba colocando.

-¿Ponemos el bote ya?

-Mejor el uno.

-Bien, por el aceite estos días.

Y ella sonrió.

Y se puso a hacer unos canapés, la carne, una sopa patatas cocidas pequeñas. Y sacó un plato de frutos secos variados. Todo lo colocó en la isla de momento y otro con jamón queso, chorizo, morcón y mojama, que le gustaba a ella.

Un cóctel de mariscos, preciosamente adornado.

Y cuando salió él después de dejar todo...

-¿Nos vamos a comer todo eso?

-La carne aún se está haciendo, y la sopa. Mete las botellas en la nevera si me quieres ayudar, haz un hueco arriba.

-¿De cava?

-Dos. En esta puerta tienes bebidas.

-Sí, por si acaso.

-¿Qué?

-Nada yo no bebo, así que mete sin alcohol y una vino blanco, otra de tinto, cervezas y el cava. Y refrescos, tónica también.

-¿Hay hielo?

-Sí, en la parte del congelador.

-¡Madre mía!, está lleno de todo.

Había comprado para todas las Navidades.

-Ya está, ¿algo más?

-Mete los cócteles de mariscos.

Y cuando terminó la sopa y la carne cortó el pan para el mediodía.

-El resto no.

-No.

-¿Y no comemos marisco?

-En fin, de año, tenemos el cóctel, pero saco un platito para ahora, un vasito de caldo, un platito de canapés y algo de carne.

-Bien, me gusta.

-¿Quieres comer ya?

-No, es la una. Vamos a descansar.

-¿Has colocado todo?

-Sí-dijo Jesús.

-¿Crees que cabe otra mesa igual allí donde tengo la mía de despacho?

-Creo que sí. Voy a medir. No estaría mal una para mí. Hay luz al lado de la ventana. Y se ve si viene alguien.

-En el cajón de mi escritorio, el segundo, hay un metro.

-Tienes hasta hilos y...

-Sí, para coser botones.

-Cabe, cerquita de ti.

-La compramos el 26, la encargo junto con otra silla igual, la estantería es grande y podemos compartirla, tengo algunas novelas y libros de enfermería y medicina.

-Puedo poner ahí mis libros.

-Claro, vamos a compartirlo.

-Estos estantes para ti, los más altos y estos para mí.

-Gracias Lola.

-Voy a encargar pesas, y algunas cosas de deporte.

-Las podemos poner en el garaje. Hay espacio.

-Sí, haré un espacio yo. Lola.

-Vale.

-Pues los encargo y la mesa y silla la pago yo.

-Como quieras, te las encargo y cuando vengan las pagas. ¡Ah toma!, un juego de llaves, lleva la del garaje.

-Gracias.

-Ven anda siéntate ya mujer.

Se sentaron un rato y ella se echó en el que consideraba su sofá.

-Va haciendo frio ¿pones la calefacción?- dijo Lola.

-Claro. Es preciosa la casa.

-Sí, casi tiene 100 metros cuadrados, hice las habitaciones grandes y dos baños y un aseo. Y el cuarto de lavado. Un pequeño cuartito para herramientas del huerto, peor tendré que comprarlas.

-Yo te las compro.

-Que no Jesús.

-¡Que pesada eres!, si no me cobras nada. Sé qué voy a necesitar, hay otra pila y goma atrás de agua.

-Sí me lo recomendaron.

-Te recomendaron bien.

-Las contraventanas y ventanas dobles...

-Sí, rio ella.

Y él se levantó y se sentó en su sofá y su corazón empezó a palpar...

CAPÍTULO IV

-A ver Lola- le dijo cogiéndole la mano y tocándola suavemente.

-Qué- dijo con un hilo de voz.

-Vamos a vivir solos, aislados relativamente, aunque Pedro vendrá a veces a hablar conmigo mientras esté arreglando las tierras. Te dejaré su número de móvil. Ya sabe que estás aquí. Y está relativamente cerca. Tenemos los nuestros. Yo iré de vez en cuando a echar un vistazo al campo y compraré semillas para sembrar y arreglar el huerto

-Sí.

-Pero estamos solos, ¿entiendes?

-Claro.

-Eres guapa y yo llevo meses sin sexo. Es una necesidad natural.

-¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

-Pues que te propongo...

-¿Me vas a proponer sexo?

-Bueno dicho así tan seco...

-Como lo has dicho, hace un día que has llegado.

-¡Está bien!, olvídalo. Olvida si te he ofendido, no era esa mi intención.

-¿Y qué intención tenías?

-Ser amigos, acostarnos sí, pero no solo sexo, también complicidad, amistad, compañeros de casa. ¿Has tenido sexo desde que estás aquí?

-No, no he tenido.

-¿Y llevas seis meses?

-Llevo seis meses, sí. No creo que sea importante.

-¿Y no tienes necesidad?

-No me lo planteo.

-Vamos Lola, es humano.

-Lo es, pero... me estás poniendo nerviosa con esta conversación.

-Está bien, lo dejamos, es pronto. Pero si quieres, estoy aquí. Si no quieres compromiso, no lo

habrá. Somos mayores y libres.

-Te lo agradezco.

-Pero...

-Pero ya veré. ¿Y tú?

-Si no quieres, iré a Málaga unos días después del 26 y vengo el 30.

Y Lola no le gustó nada. Por primera vez sintió celos. Y no supo por qué de esos sentimientos que nunca tuvo, porque nunca tuvo a nadie. Estaba intacta. Y le daba miedo.

Y cuando Jesús se levantó...

-No me gustaría- dijo ella.

Y él se volvió y la miró fijamente.

-¿He oído eso?

-Sí. Lo he dicho en voz alta.

-Te he oído bien - Y volvió a sentarse a su lado.

-Le cogió la cola y la acercó su boca a la suya y la besó en los labios. Despacio, pasando después la lengua por sus labios y metiéndola en su boca. Enroscándola con la suya. Y ella flotaba en el aire. Intentaba seguirle, gimió y puso las manos en su pecho. Cuando se dio cuenta, estaba echada en el sofá. Abrazándolo, y Jesús, le quitaba el chándal y se mostró desnuda de cuerpo y alma ante él.

-¡Eres preciosa!, me encantan tus pechos y él se desnudó y se tumbó a su lado, acariciándola mientras ella temblaba.

-¿Tienes frío?-. Subo la calefacción si quieres...

-No.

-¿Miedo?

-Un poco.

Le quitó las manos del pecho que ella se sujetaba, pero él los lamió, los pezones, los mordió y ella cerró los ojos. Lo que se había perdido durante toda su vida, se sintió mojada, un dolor apremiante y mojado, una necesidad de años, de ser completa.

Y él le llevó la mano de ella a su pene. Y ella lo tocaba como el terciopelo.

-Mira...

Y ella lo miro asombrada.

-¡Tócame!, Lola, ¡lo necesito!

Y ella lo tocaba.

-¡Buff!, creo que vamos a ir al grano esta vez o me correré enseguida.

Y Lola esas palabras la aceleraron y se sintió poderosa y llevó su miembro a su sexo y él entró despacio mientras la besaba, agarrando su trasero y ella el suyo.

Y en un momento sintió que no podía seguir si no traspasaba esa barrera de Lola. Y lo supo.

-¿Sigo Lola?

-Sí, sigue. Y él, la penetró. Lola gimió un momento, nada más, pero se vio inundada por todo él. Sintió frío en las espaldas y calor en su sangre de mujer y las ganas que tenía de Jesús desde el momento en que lo vio, se volvieron deseo y el deseo movimiento y él quería hacerlo lento, pero ella iba a llegar al clímax antes de los esperado.

-Bien, pues llegaremos, niña - le dijo y avivó el viento y besándola sintió llenarla por dentro, sintió sus espasmos y sus gemidos y supo que había tenido un orgasmos intenso y se sintió vanidoso y deseable. Y sipo que Lola no era como las demás mujeres con las que había estado.

-¡Ah, Dios niña!

Se retiró de ella y fue a por una toallita pequeña y la limpió. Tenía unas gotas de sangre y su semen.

La beso y echó la mantita del sofá entre sus cuerpos desnudos, la abrazó y le dijo:

-Lola

-No has hecho esto en 24 años.

-No, nunca.

-¿Por qué y por qué yo?

-Porque estás muy bien, me gustaste cuando te vi por primera vez. Mejor tú que nadie. Como tú dices estamos solos.

-¿Qué voy a hacer ahora contigo?

Y ella besó su pecho y le acarició la espalda. Y sintió la cicatriz que tenía y la acarició.

-¿Te duele?

-A veces. Ya te dije. Tengo temporadas, pero me tomo la medicación y me quedo dos o tres días en reposo hasta que pase.

Y ella le dio besos en los labios.

-¿Tienes hambre?

-Sí, vamos a comer y después seguimos en la siesta.

-¿El qué?

-Lola mujer... Qué va a ser...

Y ella se sonrojó

-¡Qué niña ésta!...

Mientras se levantaban, ella miró su cicatriz, le llegan desde el hombro hasta casi el principio del trasero. Debía dolerle sí, si le había pillado algún nervio, ese era el dolor que tenía.

Se pusieron el chándal y los calcetines.

Y empezaron a sacar las cosas del frigorífico.

-¿Quieres cerveza?- dijo él.

-Sin alcohol, sí.

Y él sacó una con alcohol.

Ella puso un vaso de caldo caliente y los platos y uno con carne para los dos. Con patatas.

-¡Qué bueno!, cocinas bien. Esto es comida y no lo que he comido estos meses.

-Tienes buen cuerpo.

-Porque hago ejercicio. El pedido llegará el 26, ya no iré a ningún lado, pero en reyes podemos ir a Málaga, o el tres y bailamos en algún hotel.

-¿Quieres?

-Sí, prefiero el 31. Vemos los fuegos de paso. Hay hoteles con cena para dos y baile y habitación.

-Me gustaría.

Y nos vemos el uno, desde la terraza se ven los fuegos.

Y ella lo miró con ojos de alegría.

-Iremos. Lo reservo luego que ya habrá pocos. Se reserva para parejas. Cuando terminaron tomaron fruta y ella puso un platito de mantecados.

Y una bandeja con bebidas.

-No ahora no, después del café niña.

-Vale, voy a lavarme los dientes y al baño.

Y él también fue.

Y cuando volvieron se desnudaron y se tumbaron de nuevo en el sofá, pusieron la tele.

-¿Por qué nunca lo hiciste?

-Te conté lo de mi familia y no salía sino en la universidad. Quise sacar buenas notas y salir lo menos posible.

-No me gustó ningún chico.

-Pero eres guapa.

-Pues no sé, nunca me he visto así. Tú si estas bueno.

Y él se reía.

-Ponte arriba. Y ella se puso arriba y el metió su pene en ella.

-¡Ay!-dijo ella, ahhggg.

Y él mordía sus pezones.

Tienes que aprender muchas cosas nena.

-Tengo u buen maestro- decía a trompicones.- pero Lola no era y lo cabalgaba y se echaba en él besando su cuello y a veces lo tocaba.

-¡Uff!, Lola, no sigas tan rápido.

-Me gusta.

-Aguanta un poco mujer.

Pero el roce se sus sexos, a ella le encantaba y su sexo ardía de placer.

-¡Ay, Jesús!, no aguanto...

-¡Ay, Dios!...

-Córrete nena.

-Conmigo...

-¿Quieres?

-Sí.

Y ella apremió la marcha hacia un camino sin retorno.

Y cuando se corrieron, ella se quedó encima de él. Con sus pechos en el suyo.

-Qué te has perdido, ¿eh?

-Sí, rio ella.

-Hueles tan bien, niña...

-Me gusta tu piel suave.

-Eso es que hace tiempo que no lo haces.

-Pero tengo buena memoria.

Ella se puso a un lado.

-Tengo sueño.

-Date la vuelta y duérmete.

Y se dio la vuelta a modo de cucharita y él la abrazaba por los pechos con su pene pegado a su trasero, y oliendo su cuello. y se quedaron dormidos. Cuando despertaron estaba de nuevo duro.

-Jesús...

-¿Qué quieres?, me despierto y esto me hace..., ¡joder Lola, levanta la pierna.

Y ella lo hizo y él la penetró de lado y gemía y le pellizcaba sus pezones y ella se retorció de placer, porque Jesús, tocaba un pezón y su clitoris a la vez y Lola echaba las manos hacía atrás y lo sentía palpar, entrar y moverse dentro. Y ella se dejaba ir por él. Sin pensar, disfrutando lo que la vida le ofrecía. Ya que no había vivido, sentido y sentido...

-No te cansas-le dijo Lola.

-¿Y tú?

-No creo.

-En esto somos compatibles, niña.

Y se reían.

Él le contaba cosas de la guerra, y ella se abrazaba a él.

-¿Tomamos el café?

-Sí, venga.

-Creo que sí me voy a comer mantecados esta vez, para tener fuerza para ti.

Y se tomaron el café.

Y él se tomó un gin tonic con poca ginebra.

-Vamos a dar un paseo, abrígate bien.

-Si ya lo diste esta mañana.

-Pero tú, no

-Jesús, tengo agujetas.

-Vamos vaguita. Los mantecados son azúcar. Y te las quitarán.

Y dieron un paseo por el camino de los olivos.

-Hace mucho frio, Jesús.

-Estamos en la sierra. Quizá nieva esta noche.

-¿Sí?, nunca he visto la nieve.

-Pues quizá la veamos esta noche, la llevaba agarrada.

-¿Has visto qué olivos?

-Si, por aquí están cargados de aceitunas.

-Han empezado por el final, e irán recogiendo hasta casi el cortijo.

-¿Qué piensas sembrar en el huerto?

-Primero tengo que arreglarlo.

-Me voy contigo el 26 y me traigo herramientas.

-Vale.

-Y empezaré a limpiarlo, y a hacer los surcos, a ver qué simientes tienen en el almacén. Deben tener, aquí la gente tiene huerto, así que deben tener semillas de casi todo. Mi abuelo tenía, recuerdo: pimientos, cebollas, ajos, tomates, una mata de calabaza, melones y sandias, rábanos, habicholillas, calabacines, patatas, zanahorias, y si tiene algo más... sembraré perejil y yerbabuena.

-Me encanta.

-Sí, el perejil tienes que cortarlo, si lo arrancas no vuelve a crecer.

-Es bueno saberlo.

-Demos la vuelta, va a anochecer.

-Sí.

-Ahora, eso sí, la comida no se me da bien, puedo poner lavadoras y limpiar.

-Yo limpio un poco el lunes cuando vuelvo y el martes me traigo la compra, así dejo los fines de semana libres de ir de nuevo al pueblo.

-¡Está bien! Lo haremos.

Y llegaron a casa. Se quitaron los chaquetones y las botas.

-¿Cenita?- dijo él frotándose las manos.

-Sí, es la hora de la cena, vamos a enchufar el árbol y pon la tele, voy a calentar la carne y la sopa.

-¿Nos vestimos?

-¿Quieres?- dijo ella.

-No, mejor nos desvestimos.

Y ella se reía.

-Nos vestiremos el 31, tendré que comprarme un vestido y uso tacones.

-Como nos vamos por la mañana nos compramos ropa bonita para la ocasión.

-Sí, porque de fiesta no hay nada aquí.

-Por eso.

La cena estuvo buenísima y sobró para el día siguiente, 25. Esa era la intención.

-No se puede comer tanto...

-Es una noche- decía ella, -y me pesa, porque no suelo cenar mucho.

-¿Dónde comes al mediodía?

-A veces en el bar, el menú es barato. Pero puedo dejar la comida hecha de un día para otro. El sábado y domingo, sí hago.

-Pues no cambies. Voy y comemos en el bar de lunes a viernes.

-Sí, me gustaría.

-Sí, luego hacemos algo de cena. Si la comida es casera...

-Es casera. Muy buena.

-Pues ya está.

-Te sale más barata que si la compras. Y la haces, así me vengo tras el café. Y por la noche cualquier cosa, una tortilla, queso o jamón... cosas así... unos filetitos.

-Perfecto. Venga, vamos a la cama, son casi la una.

Y pusieron la alarma, dejaron apagadas las luces el árbol.

-¿Me voy a tu cama?

-Claro, y ella lo cogió por la mano. Y se lo llevó a su dormitorio.

-Vaya, vaya... sí que tienes aquí un buen cuarto- dijo Jesús.

-Mañana cambiamos tu ropa.

-Y te hago un hueco.

-Menuda cama, con lo pequeña que eres...

-Quería una de las grandes.

-¿Pensando en mí?

-¡Qué bobo!, no te conocía.

-Ven aquí muñeca.

Y se desnudaron y él le abrió las piernas.

-¡Ay, Jesús!

-Qué...

-Eso...

-Eso no lo has probado. Ya es hora. Y se metió entre sus piernas y la chupó y llamó y Lola se retorció y tuvo un orgasmo inmenso e inesperado.

-¡Ah, joder!, ¡ah joder!- decía y entró en ella como lobo hambriento.

Y Jesús la envolvió y le hizo tener otro orgasmo con él.

A él le encantaba su sexo de lluvia, siempre que la tocaba estaba mojada. Siempre le respondía a sus caricias. Las pocas que habían tenido, y que no serían las primeras.

Le encantaba esa mujer, que solo había sido suya.

Lola se quedó dormida en sus brazos primera. Y a él le dio un poco de pena para ser su primera vez, pero si pudiera estaría toda la noche haciéndole el amor.

Había sido solo suya. Y eso le creó un instinto de posesión. Nunca lo había pensado con nadie, solo con ella. Era menos que él, le llevaba ocho años, pero era toda una mujer suya.

Suya, era buena, era ... ¡joder! Nunca se había enamorado, si se enamoraba de ella...

Le costó dormirse esa noche. Se preguntaba mil veces, cómo Lola había llegado a ser virgen a los 24 años. Era una cosa impensable en estos días. él cuando no estaba en Afganistán, salía y podía tener sexo cuando quisiera. En eso nunca había tenido problema. Tenía suerte. O como eran militares, atraían más a las mujeres. Pero cuando salía el siguiente fin de semana, la chica estaba con otro, y así. Así estaba la sociedad ahora. Se habían perdido valores y el amor como tal ya no existía, salvo en un 10% de los casos.

Y Vírgenes a los 14 ya era la hora...

La apretó contra su pecho y se quedó dormido. Era bueno estar así.

Pero Jesús, sintió el miedo por primera vez en su vida. Su secreto...

CAPÍTULO V

Así, Jesús escondía su secreto. Allí nadie lo iba a descubrir. La gente del pueblo, lo conocía. En lo que no mentía era con respecto a Lola. Lola era todo lo que quería en una mujer, conforme la iba conociendo, conforme pasaban los días, la echaba de menos cuando iba al trabajo y deseaba que llegara al hora de comer, volver a casa y hacerle el amor. La conexión entre ellos no era sólo física, crecía a medida que se iban conociendo.

Y el 3, se fueron a Málaga. Desayunaron allí y aparcaron en el hotel que había reservado por una noche.

Después de desayunar se compraron ropa para ese día. Ella un vestido rojo y un abrigo blanco, tacones rojos y bolso igual y la ropa interior roja. Las medias color carne.

Él se compró unos zapatos y ropa interior y un traje completo en azul, juvenil, un abrigo azul oscuro.

Cuando bajaron a cenar, pasaron a ver la iluminación de la calle Larios que era espectacular y conocida en toda España. Nunca se había perdido una. Y a Jesús, le encantó. La recorrieron hasta el final mientras hacían tiempo para la cena.

Cuando ella había salido del baño minutos antes y salió maquillada y con el pelo suelto, ahí fue cuando se enamoró de ella. estaba embobado como un adolescente en plena efervescencia sexual también. Y no quería perderla por una mentira que tendría que decir algún día, o no...

-¡Joder Lola! Los labios rojos a juego. Estás... impresionante.

-Impresionante tú.

-Ven aquí si no me manchas.

-Es lápiz, tranquilo, no mancha.

Y la estuvo besando hasta que se cansó.

-No quiero bajar.

-Vamos, yo sí quiero bailar.

-Es broma, tengo todo el tiempo del mundo. Vamos a nuestra cena y a bailar.

Fue una noche espectacular, la comida estaba buenísima. Se comieron las uvas, bailaron y vieron los fuegos y siguieron bailando. Jesús era un bailarín inmejorable de bailes latinos.

-En los ratos libres que teníamos en la base.

-Luego bailaron canciones románticas de los 70. Hasta que a las tres de la mañana se retiraron.

Y pasaron una parte erótica mientras se desvestían y ella tomó su miembro por primera vez y le dio placer, lo chupó, lo lamió, y lo movía como un poema entre sus manos. Lo metió en su boca

y él se deshacía entre su boca, gemía y le decía:

-Lola, no aguanto más, sigue niña, sigue y ella le dio ritmo a ese mar de espuma hasta hacer subir la marea.

-Dios Lola, mi niña...

Él le enseñó otra postura más cuando descansó y la puso a modo perrito y así terminaron la noche, la felicidad más vibrante y descabellada. Loca y ansiosa.

Por la mañana, se ducharon y en la ducha la agarró por las caderas y la penetró. Esto se llama nena empujarte contra la pared, decía sin respiración, y ella se aferraba a sus hombros y cuellos y sus pechos se movía al ritmo de los envites de Jesús. Hasta que se resbalaron por sus pieles mojadas.

La bajó lento y despacio besándola, mordiendo sus pezones.

Y le dio una palmada en el trasero.

-¡Ay, loco!

-Nos secamos, tenemos desayuno en el hotel y nos vamos a casa. Si ya es casi mediodía, llegamos para el café.

-Pues comemos algo y tomamos el café queda sopa y mariscos y jamón y demás, frutos secos.

-No sigas, primero el desayuno.

A las cuatro y media llegaron a casa. Colgaron la ropa y se pusieron cómodos.

Él puso la calefacción. Se notaba la diferencia de temperatura.

Comieron y ya toda la tarde descansaron, él salió a dar un paseo, pero ella se negó.

-Mañana trabajo. Déjame dormir.

-¡Qué mujer!

Dio una vuelta e hizo algo de ejercicio en el garaje. Se dio una ducha y se puso el pijama.

En esas ella despertó.

-¿Te has duchado?

-Y he hecho ejercicio.

-Voy a ducharme yo también y me pongo el pijama.

-Te espero.

Y así terminaron las fiestas. Ella desayunaba con él, que preparaba el desayuno para los dos. Luego ella se iba y él iba a correr y de pasó veía a Pedro. Y a la vuelta hacía algo de ejercicio. Recogía la casa. Ponía unas lavadoras si había ropa. Y los lunes la limpiaba a fondo. Se duchaba

y se ponía a escribir su libro, que había empezado.

Iba a la hora que ella salía del trabajo, la esperaba en el bar y comían y tomaban el café. Y los martes iban a la compra. Ya habían puesto un bote en común.

Su vida era esa. A la vuelta, mientras él colocaba la compra si había o si no había se ponía con el libro, ella se duchaba y descansaba un rato en el sofá. Luego él la despertaba en una hora preparado para la guerra de sexos. Le hacía dar una caminata de nuevo. Y se ponía en su libro hasta la noche. Ella preparaba la cena, cenaban y a veces él trabaja un rato más o buscaba información y se sentaba con ella y unos folios en el sofá mientras Lola veía una peli, o leía un rato.

Los fines de semana paseaban por el campo, desayunaban, y ella hacía comida más elaborada, leía escuchaba música o miraba cosas en internet.

Cuando llegó la primavera, él se levantaba más temprano durante la semana, para cuando preparaba el desayuno había trabajado dos horas en el huerto y luego seguía su rutina, pero en cuanto sembrara ya no tenía que hacerlo.

Y en abril salían al porche y a la mesa de piedra a comer. Disfrutaban de todo lo bueno de la naturaleza.

-Ya mismo empezaran a salir las matas de zanahorias y los tomatitos y pimientos, ya verás de todo, para mayo puedo recoger algo.

-¿Quieres que vayamos a Málaga?

-¿Quieres ir?

-Sí, me gustaría. Necesitamos ropa de primavera verano y perfumes y algunas cosas que no hay en el pueblo.

-Me parece bien. Si quieres el sábado... nos podemos quedar en el hotel que estuvimos en Navidad. Y vamos a cenar y salimos.

-Sí, - y lo abrazó.

-¿Sabes qué estoy pensando?

-¿Qué estás pensando nena?

-Pues que podríamos hacer una piscina. La podemos cerrar en invierno.

-¿Dónde?

-A la izquierda. Hay espacio entre el huerto y la mesa de piedra, a la izquierda de la mesa. ¿Crees que hay espacio?

-Espacio hay, depende de lo grande que la quieras.

-Pues para dar unas cuantas brazadas. Podemos hacerla recta por abajo. De 1,50 o así.

-Me gusta inclinada, y más honda por el otro lado.

-Pues inclinada.

-Me gusta la idea.

-Con un grifo y unas vallas y la cerramos y en invierno, la vaciamos y un toldo. Podemos poner lo de la piscina en el cuarto de herramientas del huerto.

-Sí, me parece bien.

-¿Y el dinero?

-Aún queda de tu abuelo.

-¿Y no me lo has dicho?

-Lo guardaba para una ocasión, pero si ponemos algo más...

-El dinero lo pongo yo.

-No Jesús.

-Pero si no he puesto nada, y tú has hecho la casa...

-Con el dinero de tu abuelo y queda.

-Bueno, vamos a preguntar a Manuel. Vale, vamos a ver piscinas y lo que miden. Si es mucho compramos una de quita y pon.

-Bueno...

-¿No te gustan?

-No. Pero si es caro...

-Vamos a mirar.

-Como esta- dijo ella...

-Mide de largo 10 metros por cinco de ancho. Es grande.

-Me gusta.

-Bueno, llamo a Manuel y que venga a ver por la mañana.

-Vale que nos dé un presupuesto pintada y eso.

-No es mal idea, no.

Y al día siguiente cuando él llegó a comer con ella, le dijo que Manuel le había dado un presupuesto. Ella tenía el dinero que había en la casa con el suyo y también los diez mil euros que sobraron de la obra.

-¿Cuánto?

-Pintada como quieres y los agarres, vallas y un toldo para cerrarla, y herramientas y cloro y demás, unos cuatro mil euros.

-Que la haga.

-¿Cuánto queda?

-10, pero dejemos los otros seis sin tocar por si acaso queremos o pasa algo en casa.

-Mujer previsora.

-Tenemos nuestros sueldos.

-Sí, y cuando recoja verdura del huerto, y alguna fruta, no gastaremos tanto.

-¿Cuánto tarda?

-Tres semanas.

-Pues dile que lo haga y le doy parte, lo que pida.

-Luego lo llamo.

-Vamos a comer venga. Compraremos la ropa y lo que necesitemos de aseo y perfumes de ese dinero. Me llevaré dos mil euros y pagamos el hotel.

-No hace falta, ni tanto.

-Pero quiero, aunque quedará. Lo echamos este mes al bote.

-Pues nada, perfecto.

Y el sábado se fueron a Málaga. Él lunes le empezaban la piscina y pasarían el domingo hasta comer en Málaga. A comer pescaito.

Como siempre desayunaron por el camino y comieron en el centro comercial una vez que dejaron los bolsos.

Tenían cada uno una lista de ropa y demás y algunas cosas para la casa, libros. Él estaba a punto de terminar el suyo y quería un par de libros. Jesús no le había dejado leerlo. Le dijo que al final, cuando acabara. Y Lola lo respetó.

Cuando acabaron las compras, las llevaron al hotel, cargados. Y salieron a comer por la calle Larios, un buen menú. Y un café con tarta.

Estaban acabando la tarta cuando se les acercó una chica que iba con un grupo de ellas. Tendría cerca de los treinta años.

Ella cumpliría la siguiente semana los 25 ya.

La chica se acercó alegre y cariñosa. Y fue directamente a Jesús.

-¡Javier!, ¿cómo estás?, ¡cuánto tiempo!

-Creo que te equivocas, es Jesús, Jesús Moreno.

-Nada de eso, soy de Morón y es piloto y se llama Javier Valera. Es de Sevilla.

-Javi, di algo. Dame un abrazo anda, que nos conocemos muy bien.

-La verdad, no te recuerdo, me llamo Jesús.

-No querido, Jesús era tu amigo, no sé por qué dices eso... Jesús murió en Afganistán, si lo sabré yo.

-¿También te acostaste con él? – dijo Lola.

-Bueno, en un pueblo una se acuesta con los militares, americanos o españoles. Pero es Javier. Eso sí, se parecían tanto que la gente los confundía. Pero yo sí que lo conozco bien. No tiene padres, eso sí, salió de un orfanato de Sevilla. Y no me creo el cuento de tu pérdida de memoria.

-Pues lo siento señorita, no la recuerdo.

-Vamos, hazte el tonto. En fin, nos vamos. Marina te ha echado de menos. Estuvieron un año saliendo,- le dijo a Lola, claro que se fue a la guerra y ella está ahora con un americano. Bueno, me esperan, encantada de verte Javi- y se fue riendo...

Lola terminó de comer en silencio y Jesús con la cabeza baja.

Pagó y él le preguntó si se iban al hotel.

-No, quiero dar un paseo por la playa.

Y fueron caminando por el paseo marítimo.

-Lola...

-Qué, ¿eres Javier o eres Jesús?

-Los dos.

-Los dos no puedes ser.

-Soy lo que has visto que soy.

-Ahora mismo te desconozco. Así que ve soltando la historia que te traes. Y lo que más me sorprende es que Pedro y la gente del pueblo te conozca.

-Es cierto que nos parecíamos muchos. Maldita sea encontrar a una de Morón.

-¿Te acostaste con ella?

-Hace dos años, sí, una noche.

-¿Quién es Marina?

Salimos un mes.

-¿Solo un mes y te echa de menos?

-Son tonterías que ha dicho. Solo fueron cuatro fines de semana, me fui a Afganistán.

-Pues cuenta, Que tienes mucho que contar.

-La historia de Jesús y su familia es cierta. Solo tenía a su abuelo. Nos conocimos en la base. Él ya llevaba meses cuando yo llegué. Y fuimos amigos y pilotos y sí que nos parecíamos mucho. Estatura, ojos, hasta casi al voz... parecíamos hermanos. La verdad era mi amigo, pero era un cabrón con las mujeres, además de con su abuelo. Yo sabía toda la historia, teníamos 24 años y le gustaba pilotar como a mí.

Sin embargo, no venía a verlo. Salvo alguna Navidad, unos días. Estaba abandonado.

-Y tanto que lo estaba. dijo Lola.

-Le sacó las tierras cuando el abuelo no podía moverse. Le quitó las escrituras. Y se las hizo firmar para él. Decía que su abuelo ya no necesitaba las tierras, y a Pedro le dijo, que le llevara aceite. A mí, que deseaba que el viejo se muriera porque tenía más de 50.000 euros en la caja, pero que era tacaño con el dinero. Nunca le daba, quería echarle mano a ese dinero. Nosotros ganamos mucha más si vamos a misiones. Pero para él no era suficiente.

Una vez me envió a mí para que viniera a verlo y le hice el favor, y a partir de ahí era yo quien venía, hablaba con Pedro, y le llevaba el dinero de la cosecha. No creas que venía a otra cosa, pero me daba pena el abuelo. Me confundía y me decía que había cambiado, que ser militar me había hecho mejor persona. Y así yo vine cada año. Y él se quedaba con el dinero.

-Una de las veces, hicimos un testamento, nos lo dejábamos todo uno a otro si nos pasaba algo. Y a él le pasó.

-Murió.

-Murió en Afganistán, en un emboscada, sí.

-¿Y qué te dejó?

-Más de 200.000 euros , pero no era ahorrador, porque llevaba los olivos. Debería haber tenido mucho más del triple. Era un manirroto, con las mujeres también.

-También te dejó todos sus documentos.

-Bueno. Cuando tuvimos la emboscada, dije que era yo el muerto. Y a partir de ahí...

-Yo tuve la baja por lo que te he contado y es cierto y cuando heredé, me hice cargo de sus documentos y pasé a ser él.

-No tenía dónde vivir y recordé al abuelo y las tierras, tenía las escrituras. Y pensé hacer una casa y vivir aquí.

-¿Me mientes?

-No tengo por qué, Lola. Llevamos meses y nunca lo he hecho.

-O sea, que tienes dinero.

-Sí, tengo. -Y sacó el móvil y le puso la cantidad.

-¡Dios mío Jesús!

-Prefiero mi nombre, pero está olvidado. Ahora soy Jesús.

-Pero la pensión que cobras...

-Murió Jesús, pero yo dije que era Javier, yo tenía las escrituras de él y su dinero, y lo junté con el mío. Y cobro la pensión, sí. Falsifico su firma.

-Ahora lo entiendo. Por eso pueden pasarse la pensión.

-Exacto. Cuando él murió, yo recibí la metralla. Pero tomé sus documentos. Me di de baja y me vine aquí. En cuanto te vi, me enamore de ti. De la casa, del lugar, de un sitio que fuese mío. Nunca lo tuve.

-Lo siento.

-De una mujer como tú.

-¿Tienes 30 años?

-Sí en agosto cumplo 31.

-Pero las firmas de todo las falsificas.

-Solo las necesito para sacar dinero en grandes cantidades, pero casi siempre saco del cajero. Hago bizum y no tengo nada que firmar. Hasta ahora firmas tú todo.

-Pero tienes tarjetas. Aprendí su firma. Y siempre digo que tuve un accidente que no me permite escribir bien.

-¿Es cierto todo lo que me has dicho?

-Sí, Jesús, al el verdadero no le importaba su abuelo, quería vender las tierras y la casa vieja, como gastaba tanto..., lo convencí de que le dejan dinero las tierras, que no las vendiera hasta que su abuelo muriera. Y parece que accedió. Lo hubiera matado al pobre. ¡Ojalá hubiese sido mi abuelo de verdad!

-Bueno, si lo que cuentas es verdad, lo fue.

-Creo que no era tonto. Porque cuando me iba, me decía:

-Dile a ese sinvergüenza que sé lo que hace.

Entonces comprendió Lola por qué le dejó a ella el dinero y la casa. Y se quedó más tranquila.

-Jesús.

-¡Qué Lola!

-¿Me quieres?

-Claro que te quiero, boba. Eres mi mujer. Estoy enamorado de ti.

-Nunca me lo has dicho.

-Porque no sabía si sentías lo mismo.

-¡Ay, Jesús!...

-Hice lo que tenía que hacer, quizá mal, no sé, venía a cuidar al abuelo. Quizá me sienta como un ladrón, peor él no se merecía lo que tenía, no era suyo

-Tuyo tampoco, pero mío, lo que me dio tampoco. Así que somos dos ladrones.

-No digas eso. Yo creo que lo conocía más que hubiese querido a alguien como nosotros. Mira qué hemos hecho con su casa, con su huerto, con sus tierras. Si hubiese vivido él, no quedaría nada.

-Tienes razón, pero no teníamos derecho a quedarnos con su dinero.

-Sí teníamos. Mejor quedarnos y dejar esa preciosidad y no malgastarla. No le hubiese durado el dinero un año.

-¿Por qué tienes tanto?

-Soy ahorrativo. De él solo tengo los 200 y las ganancias de este año de los olivos, y dejan, la subvención y la aceituna, son muchas fanegas y aunque le descuenta lo que le pago a Pedro, queda.

Y ella se paró y se sentó en uno de los bancos del paseo marítimo. Se oía el rumor de olas, la blancura de la noche con esa luna grande y llena, la espuma del mar. No podía reprocharle nada, estaba enamorada de él y como decía Jesús, era cierto que había hecho lo correcto.

Y le cogió la mano.

Y él se la apretó. Lo miró y se besaron allí.

-Te quiero, niña. Nunca he tenido a nadie. Cuidaré de ti, aunque sé que sabes cuidarte sola, pero estaré ahí contigo.

-Y yo contigo.

-Me empieza a doler la espalda Lola. Creo que estoy a punto de tener una crisis.

-Nos vamos a casa.

-No tengo aquí la medicación.

-Podemos comprarla.

-Quiero ir a casa, yo conduzco, es de noche.

-Jesús, sé conducir de noche.

-Pues nos vamos, en cuanto empieza, tarda un poco en llegar al umbral de dolor que puedo soportar.

-Venga, nos vamos

-¿Tienes alguna crema en casa?

-Sí, también.

Y ella lo dejó en el coche en el garaje, bajó todas las cosas y pagó. Y se fueron a casa. Tardó un poco en meter todo lo que habían comprado.

Jesús se echó en la parte de atrás tumbado. E iba quejándose y ella iba un tanto desesperada, pero iba despacio y se le hizo eterno llegar. Porque llegaron a las dos de la mañana.

-Lo ayudó a darse una ducha calentita y llegar a la cama, desvestirlo, echarle la crema y calentarle leche con un poquito de café descafeinado y las pastillas.

-¿Estás mejor?

-Sí gracias, peor necesito ir al baño de nuevo.

-Vamos, agárrate.

Y cuando acabó ella lo llevo a la cama. Iba que no podía.

Enseguida empezaron a hacerle efecto los medicamentos. Eran fuertes. Bastante.

Lo echó en la cama y él dio un gemido.

Cuando espero que se durmiera, fue a por lo que había en el maletero, la ropa, lo que habían comprado. Se dio cuenta de que había una luz parada en la entrada del camino a casa y después dio la vuelta y se fue. Se quedó pensando si los habían seguido, las chicas esas que vieron en Málaga. Pero desechó la idea. ¿Para qué querrían seguirlos?

Dejó todo en el sofá para meter en coche en el garaje.

Puso la alarma y colocó todo, para que no se arrugara, despacio para que él no la oyera.

Y se dio una ducha y se acostó a su lado.

Al menos dormía.

Pero a las seis de la mañana estaba de nuevo quejándose de dolor.

Y ella que había dormido poco se levantó a darle otra pastilla y un masaje con la crema

-Hay que pedir más medicinas el lunes.

-Sí.

Y ella lo abrazó. Y se quedó de nuevo dormido.

CAPÍTULO VI

El domingo estuvo pendiente de él. Se quejaba bastante y no quería estar en la cama, quería verla, se lo llevó al sofá, le dio el desayuno y las pastillas, otro masaje y decidió limpiar la casa, hacer comida para el lunes. Y venirse directamente del trabajo.

Después recogió del huerto lo que había para recoger y lo lavó y colocó.

Llamó a Manuel y le contó que, si empezaban, le dejaba la puerta abierta que Jesús, estaba enfermo, le contó lo sucedido y que tardaba unos días.

-No te preocupes Lola, le echo un vistazo, mañana van las máquinas a quitar la tierra y medimos y un camión se la lleva.

Gracias Manuel, te dejo la cantidad en un sobre encima de la mesa a tu nombre.

-Que no hace falta ahora Lola.

-Que sí, venga.

-Como quieras mujer. ¿dejó todo hecho y se sentó con él después de darle de comer y recoger la cocina.

-Le dejó un sobre a Manuel y lo pondría en la mesa del comedor.

-¿Cómo te encuentras?

- Como ayer Lola, esto baja en unos días.

-He dejado un sobre para Manuel mañana sabes que vienen por la piscina. Te dejare duchado y desayunado antes de irme.

-Todas las pastillas en la mesa y zumo por si te apetece. Y algo de fruta en un plato.

-Manuel te va a dar una vuelta. Aprovecha para ir al baño hasta que yo venga.

-¡Está bien! Gracias mi niña.

-De nada. Ten cuidado.

-Lo tendré.

Así pasaron los días. Ella compró en la farmacia un andador y Javier, le recetó las medicinas. Unos inyectables para el dolor que eran mejores que las pastillas. Le dijo que se pasara cuando estuviese bien del todo, y lo reconociera.

-Imagino que le pilla el nervio ciático.

-Vete y compra todo antes de que cierren.

-Ahora vengo.

Y llegó con el andador.

-¿Soy un viejo?

-Déjate de tonterías, esto te ayudará a moverte al baño. O cuando estés mejor .

-Vale y me ha dicho que vayas en cuando estés bien.

-¿Quién?

-Javier, el médico. Te voy a poner inyecciones para el dolor, en vez de tantas pastillas, son más eficaces.

-Estupendo, si se me quita...

-No se te va a quitar, peor aminoran el dolor.

-Algo es algo.

-Vamos a comer primero. Mañana me traigo la compra.

-Después de ponerle la medicación fue a ver cómo iba la piscina y al huerto.

-Manuel le dijo que en tres días estaría ya toda la tierra quitada.

Y por las tardes después de descansar y tomar el café hacía la comida. Llamó a Adela para decirle que ahora no iban a comer, por lo de Jesús. Y se lo contó.

-No te preocupes, que se recupere.

-En cuanto se recupere estamos allí de nuevo.

-Aquí os espero.

Conforme se iba poniendo mejor le decía que lo que sentía era no hacerle el amor y ella se reía.

Y a los diez días estaba en forma y empezó de nuevo su vida. Fue a ver el médico y le dijo que le había pillado el nervio ciático y de ahí los dolores tan intensos. Y por eso debía tomar esa medicación cuando le dieran los dolores. Y reposar.

Tres semanas después celebraron el cumpleaños de Lola, que retrasaron por su ciática.

Y también celebraron la terminación de la piscina. En cuanto llegara mediados de junio la llenarían.

Un día en que Lola se fue al trabajo, y él había recogido del huerto todo, se puso a leer su libro y a corregirlo y pensaba meterlo en una plataforma. Nada de editoriales. Debía buscar también alguna portada, a ver si encontraba portadas para descargarse, peor eso lo iba a hablar con Lola y entre ambos, cuando ella leyera el libro elegirían una que les gustase, aunque de su tema, él buscó portadas en la plataforma y cuánto poner a la venta el libro. Ya tenía idea de otro.

Quiso corregirlo a mano también, aunque ya le había pasado el corrector y lo imprimió para leerlo y que ella lo leyera.

Se hizo un café y se sentó en el balancín del porche y puso el café en la mesa. Todo estaba recogido en la casa hasta bajas a comer con Lola.

Un coche por la carretera, subió por el camino. Le extrañó que no viniera del pueblo.

Y conforme avanzaba la vio que era Marina, y no le gustó nada, ¿qué hacía allí y cómo sabía dónde estaba?

-¡Maldita sea!- dijo en voz alta.

-Se bajó del coche...

-¡Hola Javi!

-¿Qué quieres Marina?

-Así que Rocío tenía razón... te has hecho pasar por Jesús.

-Soy Jesús. Y sí, vi a la arpía de tu amiga en Málaga con mi pareja.

-¡Qué bonito! ¿Qué bien vives!, ¿Es tuyo, de tu abuelo?

-No, es de mi pareja, lo cuidó y le dejó la casa y el dinero y ya no hay dinero, si es lo que quieres saber, está en la casa, en el huerto y en la piscina. Jesús no tenía nada, era un manirroto y lo sabes.

-Tú, sin embargo, no.

-¿Qué quieres te digo?, te vas ahora mismo de aquí.

-No me amenes o...

-¿O qué?- se levantó Javi-Puedo enterrarte aquí y nadie lo sabría.

-Rocío sí.

-Bueno, pero no has llegado. Has tenido un accidente en la carretera. ¿Qué quieres?

-A ti, desde luego que ya no, salgo con un americano.

-Eso me han dicho y me alegro. Fuera.

-No tan rápido, mi silencio tiene un precio.

-¿Qué precio?

-Lo que le quedaba a Jesús, 200. Y lo sabes, yo también, me lo dijo antes de irse.

-¿Quieres 200?

-Sí, me voy a América con él. Y los necesito.

-¿Y qué hago con Rocío?

-No diré nada.

-Mira Marina, si te doy ese dinero y viene Rocío entrará en mi propiedad y la coseré a balazos ¿entendido?

-Entendido, ella no va a venir, solo lo sabemos, las dos y nos vamos a Nueva York.

-Más te vale, porque te encontraré donde estés y os mataré a las dos, a tu marido y a tus hijos si los tienes.

Y Marina se asustó.

-Bueno Javi, yo lo necesito, de verdad. No te molestaremos.

-Eso espero. Estás advertida.

-¿Me lo das en un cheque?

-No, te haré una transferencia, dame tu número de cuenta.

-Pero...

-Eso o nada. Y si dices algo, te hackearé todas tus cuentas y las de Rocío. Maridos o novios incluidos.

-Vale, tranquilo. ¿Tienes agua o café?

-No, para ti nada.

Y le hizo una transferencia.

-Al momento-Le dijo.

-Sí, acaba de llegarme.

-Y ahora largo de mi vida.

-Lo siento Javi.

-No, no me conoces, pero puede que lo sientas si vuelves o te pones en contacto conmigo.

-Descuida. Bueno me voy.

-Que te vaya bien.

Se montó en el coche y se fue asustada.

Cuando llegó a Morón. Se lo contó a Rocío.

-No vuelvas más ni te comuniques, me da miedo. Toma tus cien. ¡Joder qué susto!

-Menos mal que nos vamos en tres días.

-No vuelvo por Málaga jamás.

-¿De verdad te has asustado tanto?

-Mucho, creía que no salía viva de allí.

-Bueno olvídate, tenemos el dinero de Jesús y es nuestro. Todos han sacado tajada, nosotras también.

-Venga, tranquilizante, Marina que te va a dar algo.

-He hecho el viaje de un tirón.

Jesús se quedó en el poche maldiciéndolas, si volvían no dudaba en hacerles algo, a le no lo chantajeaba nadie. Bastante había pasado. Y no le contaría nada a Lola, no quería preocuparla. Ese dinero era bastante, pero él tenía lo suyo. Se acabó. Debía olvidarse de ese momento.

Y se fue a correr, se dio una ducha y más tranquilo leyó unas páginas corrigiendo algunas cosillas, añadiendo o cambiando palabras, sinónimos...Y cuando llevaba 20 era la hora de ir a comer.

Estuvo unos días serio, cuando no estaba Lola. Pero cuando acabó de corregir y leer la novela, pasó las correcciones al Word y por la noche se la dio a Lola.

-¿Qué es cielo?

-La novela terminada y corregida.

-Bueno, tiene unas puntualizaciones. Si se te ocurre algo me lo dices. Ya puedes leerla . damos el visto bueno, buscamos una portada y la meto en la plataforma. Ya tengo hecha mi página. Pero eso será mañana. Ahora tengo otra cosa en mente.

-¿Qué tienes?- dijo ella riendo

-Ya verás. Apago la alarma, la cogió en brazos y se la llevó a la cama

-Voy a comerte.

-Hemos comido.

-Tú también vas a comerme-

-¿Tiene que ver con algún número, perverso?

-¡Qué lista es mi chica!

Cuando acabaron derrotados. Ardientes sus sexos, habían llegado al orgasmo más absoluto bajo un 69.

-Mi niña, me encantas.

-Tú también.

-El sexo contigo es divino. Deberíamos casarnos.

-¿Quieres casarte conmigo?- le dijo Lola.

-No veo otra mejor. Llevamos ya casi un embarazo. Y quiero tener una familia.

-No te dejarán escribir.

-Sí me dejarán. Ya verás.

-Bueno, si es una proposición en serio... sí.

-¿De verdad?

-De verdad.

-Eso tengo que prepararlo.

-En el pueblo tenemos invitados. Conozco a toda la gente.

-Pues los invitamos.

-Adela tiene un local para eso.

-Por supuesto, en ese y en la iglesia. Todas las ganancias para el pueblo.

-Pero, ¿cuándo te quieres casar, loco?

-En verano. En vacaciones e ir de viaje de novios a donde quieras.

-A Afganistán no-se rio ella.

-No allí ya he estado. Vamos de playa.

-¿A Grecia y las islas?

-Por ejemplo. Me gustaría sí.

-Pues tú te encargas de todo y yo voy a Málaga y me compro el vestido.

-No te preocupes mi niña. Hacemos la lista y yo también tengo que ir a comprarme el traje.

-Primero el libro.

-Sí, así cuando vengamos de luna de miel, empiezo el siguiente.

Ella se leyó el libro de Jesús en cuatro tardes. Le encantó. Era una novela de la guerra. Y ella estaba como protagonista. Se dio cuenta.

-Soy la protagonista.

-Sí, en parte, está basada en ti.

-Y tú el protagonista.

-Por supuesto. ¿Qué cómo la ves?

-Me encanta.

-¿En serio?

-Sí, creo que es una buena novela.

-¿Debería ponerle algo más?

-No, está perfecta.

-Pues me ayudas a buscar una portada, es lo que me falta para meter la novela en la plataforma. El resto, lo tengo todo.

Y eligieron una que a los dos les encantó.

-Pues nada, voy a meterla y cenamos.

-Mañana me pongo con la boda.

-Te he hecho una lista de invitados y además cómo quiero algunas cosas.

-Perfecto. ¿Sencillo?

-Sí, claro.

Mientras él iba preparando la boda, llegó mediados de junio y preparo la piscina. Y se bañaban. Ya iba haciendo calor, la novela llevaba un ritmo lento, pero aumentaba día a día.

Eran felices, se casaban a finales de julio porque ella cogía las vacaciones en agosto y el sacó pasajes para Grecia y las islas. Quince días. El huerto, se lo iba a regar pedro y se llevaba en esos días las verduras. Así le echaba un vistazo a la casa. No quería que le pagaran nada, con lo de la huerta se daba por pagado.

La boda fue sencilla y bonita. Por la iglesia, luego comieron en el bar de Adela que tenía el local preparado. Y baile hasta las cinco de la mañana en que se fueron.

Durante quince días estuvieron de vacaciones por las islas. Y vieron Grecia. Y ella dejó de tomar las pastillas para tener la familia que tanto ansiaban. Pero a la vuelta se desencadenaría la tormenta. Lo que jamás pensó Jesús que ocurriera. Lo que nunca debió pasar. Lo que jamás en la vida podía imaginar.

Su castillo de naipes y su vida, se vino abajo. La vida, les tenían a ambos preparada su venganza. Las cosas nunca eran lo que parecían. Eran ajenos los dos a lo que se avecinaba. A lo que había ocurrido en esos quince días de vacaciones.

Y así cuando volvieron de noche, se encontraron luz en la casa.

-Jesús, hay luz en casa.

-¿Será Pedro? Pero a estas horas, no sé.

-A ver si hay ladrones, me da miedo...

-Hay un todoterreno en la puerta del garaje.

-No vayamos. Llama a Pedro y Manuel. Si no vamos al Pueblo o llamamos a la Guardia Civil.

-No son ellos, qué date aquí.

-No voy contigo.

-Detrás de mí.

-Vale. ¿Tienes la llave?

-Si, dejemos el coche aquí. Apaga las luces y vamos caminando.

Y cuando llegaron a la casa, estaba abierta. La tele encendida y un hombre sentado en el sofá con dos muletas. Una a cada lado.

-¿Quién eres? – dijo ella.

Y el hombre joven movió la cabeza.

-¡Hola Javier!...

-Jesús...

-El mismo y esa debe ser mi mujer...

-Pero, pero...

-Cogió la pistola y les dijo a los dos que se sentaran.

-Jesús de verdad no sabía...

-Amigo, no te creo nada.

CAPÍTULO VII

-Bueno, bueno – dijo Jesús.- me has robado mi identidad, y toda mi herencia.

-Estás equivocado

-¿Estoy equivocado?

-Sí, eso no es exactamente...

-Cállate bastardo. Tú debes ser Lola...

-Sí, soy Lola.

-¿Y cómo acabaste aquí?

-Déjala a ella. No tiene nada que ver con nosotros.

-Te calla, te digo.- dijo apuntándole con el arma- ella tiene boca.

Y Lola contó cómo llegó a la casa y cuidó del abuelo y encontró trabajo.

-Y te dejó todo el dinero y la casa.

-Sí, eso me dejó. Y lo usé en reformarla.

-Reconozco que está preciosa.

-¿Y qué te ha contado este malnacido? ¿Que salté por los aires en una emboscada y el recibió metralla?

-Sí, como sabes...

-Lo que me contaron.

-Cuéntale anda quién eres Javier y de dónde viniste. Ah sí, de un orfanato- y se río. ¿Le has dicho todas las verdades?... cuando uno se hace un guion, y se lo aprende, al final, se lo repite muchas veces y se lo cree.

-¿No saliste de un orfanato?- le preguntó Lola a quien fuera o como se llamara con quien se había casado.

-Sí, salí de un orfanato y me hice piloto. Estudie ingeniería aeronáutica en Málaga.

-Conmigo, le pasaba los exámenes para que aprobara. Y nos hicimos muy buenos amigos. Yo venía siempre que podía a ver a mi abuelo y me dejó las tierras.

-Eso me ha contado.

-Pero no a él, a mí.

-Pero si habías muerto...

-Eso creía él. ¿Sabes que pasó mujercita?

-No soy tu mujercita.

-Lo eres, te has casado conmigo.

-Pero...

-Verás, era un mujeriego, un encantador de serpientes. Me hizo pensar que era mi mejor amigo y hacer un testamento por si uno de los dos moría en Afganistán dejárselo todo al otro.

-Entonces no me ha mentido.

-Salvo en una cosa.

-¿En qué?

-En que me dejó vivo allí, no estaba muerto y él lo sabía. Me pegó un tiro de gracia, pero antes me quitó mi documentación. Siempre me ha envidiado. Siempre retándome.

-¿Es verdad eso?- le dijo Lola.

Y Jesús con el que se había casado, agachó la cabeza.

-¿Le pegaste un tiro y lo dejaste morir allí?

-Sí, eso hizo. Y se fue. Y dijo que Javier había muerto, para ser yo.

-¡Dios mío!, ¿con quién me he casado?

-Mi niña, no le hagas caso.

-Bien, tenemos pruebas de ADN y de sangre en la base. Y debo reconocer que nos parecemos tanto... que nos confundían. Se pelaba igual, en fin.

-¿Y cómo has salido de allí?- dijo el Jesús falso.

-¡Ah te interesas!

-Sí, claro.

-Debo reconocer que tuve mucha suerte y no me cogieron los talibanes. Sino un grupo de afganos que no estaban de acuerdo con el régimen. Y allí pasé seis meses. Me curaron, había un médico americano, bastante bueno. Estuve inconsciente tres meses. Luego le conté mi historia y la mantuvo en secreto. En ese momento dejé de ser militar y piloto. Y supe de ti. Y juré que cuando viniera te mataría por lo que me has hecho.

-Te doy todo el dinero, cógelo, me voy.

-Sí que te vas.

-¿Que te vas?- le dijo Lola.

-Lo siento Lola, no te merezco.

-Pero qué...

-Es un cobarde Lola. Siempre lo ha sido.

-Pero si ha sido una buena persona aquí conmigo casi un año...

-No le hubiese durado. La gente no cambia.

-¿Has hablado con alguien del pueblo?

-Solo con pedro. Él sabe todo.

-¡Madre mía!

Y Jesús, con quien se había casado quiso irse.

-Deja mi tarjeta en la mesa. Mis escrituras de los olivos y sal a la calle.

-Pero...

Y lo hizo.

-¿Tienes dinero en común con él?

-No, no tengo. Cada uno tiene su cuenta y él tiene mucho.

-Deja el móvil sin contraseña.

-Ahí tienes.

-Y ahora sal a la calle.

-Es de noche Jesús- y supo que el verdadero Jesús era el que había llegado.

-Ten cuidado con eso, Jesús.

-Tú, quédate dentro, - le dijo a Lola, -pero ella se asomó a la ventana.

Y vio cómo el verdadero Jesús, le pegó dos tiros en la cabeza y lo mató.

-¿Qué has hecho?, pero ¿qué has hecho?- lloraba ella.

-Ahora sí que Javier ha muerto. Llama a la guardia civil para que vengan y me detengan.

-No quiero.

-¿No quieres por qué?

-No puedo - y empezó a temblar y se desmayó.

Cuando despertó Jesús estaba a su lado.

-¿Estás mejor?

-Sí, pero...

-Toma un poco de agua. Y una tila que te he hecho, -dijo con las muletas.

-¿Dónde está? Dios mío, lo has matado.

-¿Lo querías?

-Claro que lo quería. Lo has matado, señor perdónalo.

-No tienes que preocuparte de nadie. Aunque estés sola mientras estoy en la cárcel. Tengo un buen abogado.

-Pero Jesús, ¿por qué? ¿Por qué no lo has denunciado?

-Porque si lo hubiese hecho habría vuelto a matarme.

-¿Tú crees?

-No sabes con quién has vivido. Ni te lo imaginas, es un monstruo. No sabes qué les hacía a las mujeres allí.

-Pero...

-No lo conoces. Lola.

Y ella se fue a la cama y empezó a llorar desconsoladamente.

Él trató de calmarla y le acariciaba la cola. Hacía tanto tiempo que no tenía una mujer... Ella lo abrazó y él no se pudo contener. Se parecían, sí, pero eran distintos y ella perdió la noción y lo besaba. Jesús. Y él no se pudo contener y le subió la falda y allí en la cama le hizo el amor, un amor distinto y libre, desesperado, con un cadáver en la puerta de la casa.

-¡Dios! ¿Qué he hecho?- le dijo a Lola- perdona, perdona, no debía hacerte esto.

-¡Ah, Dios!-lloraba ella. Pero había tenido un orgasmo intenso, mojado de lágrimas y mojado al viento.

Cogió sus muletas y llamó por teléfono.

Y a la hora y media estaba allí el abogado.

-Tenemos que llamar a la guardia civil Jesús.

-Lo sé, llama a quien debas llamar.

Y ella se quedó en la cama, medio amodorraba.

-Lola...

-Qué- dijo casi gritando.

-Me voy, el médico de Málaga ha hecho el levantamiento del cadáver. Pedro no sabe nada, dile que yo estoy en Málaga en rehabilitación y que el cobarde se ha ido al extranjero cuando iba a denunciarlo. Si tardo, estoy en Afganistán. Te paso la mitad del dinero a tu cuenta. Dame el numero...

-En el móvil -y ella lo abrió y Jesús le metió la mitad del dinero.

-Me llevo la tarjeta. Tienes la escritura, no sé cuántos años tardaré, pero Pedro se encargará de los olivos y del huerto te mandará un chico. Cuando vuelva, hablaremos.

-No quiero estar sola, por dios, ¿qué me habéis hecho?

-Lo siento por mi parte.

-Nunca te perdonaré

-Yo tampoco lo perdonaré y a mi menos...

Y de golpe, no había nada en la puerta que hubiese pasado.

Solo le quedaba su coche, hasta el todoterreno se lo llevaron.

Estuvo, trabajando y llorando como boba.

El miércoles apareció Pedro por la tarde.

-Niña Lola, estás delgada y llevas tres días.

-Pedro no has dicho nada...

-Ni a mi mujer siquiera.

-¡Cómo me ha engañado!

-A mí también se parecen como dos gotas de agua.

-Sí, se parecen.

-¿Dónde está?

-¿Quién?

-El que se casó contigo-

-Se ha ido al extranjero, el verdadero le dejó dinero para el viaje y poco más.

-¿Y Jesús?, ¿sabes que estás casada con él?

-Sí, lo sé, tendré que divorciarme.

-No lo hagas de momento. Siempre fue un buen chico que se preocupaba del abuelo y quiso

volver a cuidarlo y quedarse.

-Dios ¡cuántas mentiras!

-Sí cariño. Si necesitas algo ya sabes dónde estamos, si tarda en volver...

-Yo me ocupo de todo, tu sigue con las tierras y que venga un chico por las mañanas al huerto y le dejo la cesta y la llave de la caseta de las herramientas. Pero que venga mañana por la tarde para que lleguemos a un acuerdo, no tengo ganas de nada.

-¿Y Jesús?

-Está en Málaga, necesita rehabilitación la menos un año, luego no sé si ira a Afganistán o se vendrá no sé nada, me llamará

-Sigue casada, quizá sea mejor, desde luego lo es.

-Son dos hombres Pedro, ¿cómo voy a poder?...

-Pasaré tiempo, piensa mientras. Deja que todo fluya.

-¡Está bien! No haré nada. Tengo que superar esto y olvidarlo.

-No te llamará, lo sé, lo conozco, nunca te haría daño, ya le dije cómo eres.

-Gracias Pedro.

-Bueno mañana viene el chico por la tarde, se llama Raúl.

-Gracias por todo.

-Date un baño en la piscina, yo te la cierro cuando me digas y la vacío.

-Gracias, te llevaré verduras del huerto no podré comerlo todo.

-Dáselo a Raúl. no están pasando un buen momento en su familia.

-¡Ah vale!, se lo daré.

-Y olvídate y vive, ya verás que estarás bien, como antes.

Cómo iba a estar bien sabiendo que ambos eran asesinos, que Jesús había matado a su Jesús. Que nunca la había tratado mal que lo necesitaba en las noches. Que recordaba hacer el amor con el verdadero Jesús. Qué paradoja.

Dios ¿Quién era ella?, otro monstruo. Pero Jesús nunca huyó como un cobarde.

Pasaban los meses y a finales de septiembre Pedro le cerró la piscina y Raúl le seguía con el huerto. Y le daba verdura. Y quiso que fuera a comprar árboles frutales alrededor.

Y el chico los plantó. Le daba diez euros la hora. Y le echaba una horita de lunes a viernes.

Y la verdura.

Los árboles quedaron muy bien, ahora faltaba que crecieran, un manzano, un limonero, un naranjo, un ciruelo... y flores alrededor de la casa.

Le hizo de obra Pedro, arriates alrededor para las flores. Y el chico le puso de todas.

-Pedro...

- Dime niña Lola, ¿estás mejor?

-Sí. ¿Cuándo empiezas la aceituna?

-En el puente de diciembre

-Ya mismo dijo ella.

-Sí, ya quedan diez días, tengo ya a la gente, tú tranquila que hago lo mismo que el año pasado, aceite y te doy el dinero y la factura para que me pagues y a los jornaleros.

-Muy bien.

-Este año hay buena cosecha.

-Pedro.

-Dime.

-Estoy embarazada.

-¿Estás embarazada de Jesús, el falso?

-No lo sé.

-¿Cómo que no lo sabes hija?

-Eres como mi padre y tengo que decírtelo.

Y le dijo qué había pasado.

-¡Joder Lola! Cuando lo tengas hazle una prueba de ADN.

-¿Cómo voy a saberlo?

-¿No se hizo el falso analíticas?

-Sí, antes de casarnos.

-Pues le haces al bebé y compruebas si no es él es del verdadero. Puedes hacerlo tú sola en la consulta.

-Sabes más que yo- y Pedro se rio.

-Pues ya tienes trabajo y en qué mejor lugar va a nacer.

-Cuando pasen cuatro meses del nacimiento lo tendré que meter en la guardería hasta que salga del trabajo.

-Si quieres ayuda, para después del parto, te mando una chica una semana hasta que te recuperes y se te caigan los puntos.

-Vale. me vendría muy bien.

-Te mando a mi María.

-Quien mejor para mí...

-Si quieres se quedará a dormir.

-Lo prefiero, al menos un tiempo, ya veremos.

-¿Para cuándo nacerá?

-Para mayo, mediados o finales.

-Muy bien. Bueno me voy, te cuidas y se lo dices al médico.

-Sí, mañana mismo.

Y empezó otra etapa distinta en su vida. Más tranquila con Raúl en el huerto y le regaba las pantas con lo que ingresaba del libro de Jesús el falso tenía para pagarle a Raúl y tenía una gran cantidad de dinero más su sueldo y los 20 del abuelo que nunca había tocado, los que quedaban, iban a ser para su bebé,

Ese año no celebró Navidad.

Se llevó comida hecha del bar de Adela para el 24 y 25. Y estar tranquila y para reyes supo que era un niño y que se llamaría Jesús. Jesús Moreno Pérez.

La gente le preguntaba por Jesús, y les decía que estaba en Afganistán, que lo habitan llamado porque necesitaba un piloto y se había reenganchado por unos años. Lo que necesitaran.

-Pobrecita, espero que venga sano y salvo.

-Yo también, nos comunicamos por Skype o por wasap. Las cartas ni llegan.

-¡Qué pena, ¡Ojalá venga para conocer a su niño!

-Eso espero. Lo echo tanto de menos...

Javier le dijo que por la maternidad no se preocupara, metería una recepcionista, el pueblo era pequeño y no iba a contratar a una enfermera. Y que su puesto estaría para ella. Y Lola le dio las gracias.

CAPÍTULO VIII

El día que el verdadero Jesús, salió del cortijo con el médico, su abogado y la guardia civil que lo llevaba esposado, lo llevaron al cuartel de la guardia civil donde lo interrogaron junto a su abogado. Él contó por qué lo había matado. Porque ya él lo había matado una vez en Afganistán. Ahora no era militar y no podía ser juzgado ni por militar ni por matar a quien ya estaba muerto. Y fue pasado a disposición judicial.

Lo tuvieron en la cárcel hasta la vista previa. Seis meses. Allí recibió rehabilitación.

Tenía heridas en las piernas y el tiró que le dio Javier y que por suerte dio en la chapa y la tras pasó, y se quedó inconsciente. A los seis meses iba ya sin muletas. Pero él era coqueto y pasaría cuando saliera por un cirujano estético. Y buscó uno.

A los diez meses fue la vista. Podían creerlo. Pero nadie podía corroborar su historia. Solo Pedro, que acudió sin que Lola supiera nada. Y dado su testimonio lo dejaron libre, sobre todo porque tenía un buen abogado.

Y cuando salieron del juicio lo abrazó. Fue con Pedro a pagarle y a llevarse su carta de libertad.

-¿Cómo van las cosas por el cortijo Pedro?

-Pues le di lo de la aceituna de este año.

-Bien.

-Hay una cosa Jesús. Debes volver.

-Lo sé, pero ahora no puedo.

-Es que...

-No Pedro, dame tiempo, necesito operaciones. Tengo para unos seis meses.

-¿No vas a llamarla?

-No, cuando vaya iré. Estoy avergonzado de lo que hice delante de sus ojos, ella quería a ese Jesús.

-Pero ya no.

-Eso no lo sabes.

-Hablamos mucho los dos.

-Bueno, tengo que resolver esos asuntos y tomarme unas vacaciones e iré al cortijo a verla a ver qué decidimos.

-Pero vas a tardar un año más.

-Sí, al menos eso.

-¡Está bien!, como quieras.

-Cuídala.

-Lo haré. Me voy Jesús.

Y ese tiempo, Jesús se dedicó a operaciones varias hasta dejarle sus piernas como las tenía, los dolores habían desaparecido, incluso la señal del tiro desapareció con láser.

Recuperación y gym y su cuerpo se transformaba. Su mente también, sus ánimos. Pero necesitaba el perdón de Lola.

Antes, unas vacaciones, cerca. No importaba, necesitaba playa y estuvo un mes en Marbella.

Y a los dos años de matar a Javier, volvía a casa.

Y volvía con un todoterreno nuevo. Ropa nueva.

-Todo lo anterior, su vida anterior quedaba atrás. Se quedaría en el cortijo. Estaba casado con ella. Si quería se divorciarían. Y debían pensar qué hacer con las propiedades. Eran suyas y lo sabía.

Dos años antes...

Lola tenía cuatro meses de embarazo cuando se lo contó a Pedro. Iban a empezar la cosecha de la aceituna y tenía a Raúl para el huerto, los árboles y las plantas que le pusieron alrededor de la casa, en los arriates.

Su vida seguía y ella seguía pensando en Jesús, su marido. Se sentía viuda. Y pensaba en Jesús su relación de un rato, de sexo. ¿Por qué no podía olvidarlo? Pero cuando pensaba en él, pensaba en cómo mató de dos balazos a Javier. Claro que dejarlo allí el otro a su suerte siendo amigos, donde lo dejó, podría haber muerto. A veces no se conoce a la gente. Y era su amigo. Tampoco su marido había sido un santo y le había dado un tiro de gracia, sin suerte, eso sí, pero estaban a la par o si pensaba en todo salía perdiendo su marido.

-¡Dios mío! ¡Que había hecho ella para tener esa suerte!

-Cuando se recogió la aceituna hizo cuentas con Pedro.

Y en el mes de marzo recibió una carta de una Notaría.

La abrió y era su testamento, cómo, por qué...

Eso no tenía nada que ver con Jesús, era de su padre.

Lo llamó tras tanto tiempo. Y contestó la novia del padre.

-¿Qué quieres Lola?, no te has preocupado de tu padre en todo este tiempo. Enfermó y ha muerto.

-Me parece que eres una sinvergüenza, ¿sabes? Me podías haber avisado. Me echasteis y que no llamara nunca.

-¿Y ahora qué quieres el dinero de tu padre y la casa? Sabes que tenía una cuenta solo de él y tuya, ¡maldita seas!

-Pues la verdad Vero, nunca lo he sabido, pero seguro que tenía una contigo y has retirado el dinero.

-Es mío.

-Muy bien. Nos vemos en el notario. Supongo que te ha llamado a ti.

-A mí no, el malagradecido...

-Bueno, pues ya te daré noticias.

A la semana estaba en la notaría y el notario leyó el testamento.

Le dejaba a su hija la cuenta y le pasó un papel de lo que tenía en ella, y ella abrió mucho los ojos.

-He sacado con los certificados a tu padre de ella y te he dejado a ti sola, toma una tarjeta y este sobre es el pin. Tuyo es. Lo abres y sabes el pin para sacar dinero cuando quieras.

-Gracias, podía haberlo hecho todo.

-Podías, pero ahora que te veo me alegro de haberlo hecho, ¿de cuánto estas?

-De siete meses.

-¿Lo sabía tu padre?

-No, no lo sabía, me echaron como a un perro.

-Pues te dejó la casa con todo lo que hay.

-¿Y mi madrastra?

-Tiene que irse en el plazo de quince días con su hija que ya es mayor y no estudia.

-¿En serio?

-Sí, puedes vender el piso, ponerlo en venta.

-Pero no quiero enfrentarme a ella. Estoy embarazada.

-No te preocupes, irán a darles el aviso y busca una inmobiliaria si vives en otro lado.

-O iré en cuanto salga de aquí.

-Le pedirán las llaves, que te cambien la cerradura.

-Por supuesto. Se lo pido a la inmobiliaria.

Le pagó al notario de su cuenta. Y se llevó la de su padre.

Y se fue a comer y a tomar café y después se dio un paseo por la playa, por el paseo marítimo. Y recordó a Jesús, el día que fueron.

Todo, quizá él quería quedarse con todo el dinero. De momento desechó la idea de cómo romantizó todo.

-Bueno, ya había pasado tiempo y en cuanto volviera compraría las cosas del bebé y la habitación de al lado la pondría para él, aunque metiera una cunita en la suya.

Debía hacer eso ya. Pedro se iba a llevar los muebles y ella decorarla, se los regaló a quién mejor. Cuando volviera, que se los llevara.

Hizo tiempo y cuando abrió la inmobiliaria más cerca de su piso, entró y los puso en contacto con el notario. Y les dejó parte del dinero para las llaves, que miraran y le dijeran por cuánto podía venderse.

-¿No lo quieres para ti?

-No. Si quiero un piso no será este que tan malos recuerdos me trae.

Y dejó todo listo antes de volver a su cortijo. Había pedido el día. Era viernes y tenía un fin de semana para descansar. Llegó y se dio una ducha y se puso un chándal.

-Cenó algo y por la mañana llamó a Pedro.

-Puedes venir a por los muebles cuando quieras.

-¿Ya has vuelto?

-Sí te cuento luego.

Y vino con un camioncito y dos hombres y se los llevaron.

-Todo resultó bien, mi padre me ha dejado dinero y la casa, bueno el piso, ni quiero saber cómo se ha puesto la novia, Vero, nunca se casó con ella.

Pero le ha dejado dinero.

-El notario dice que, de esa parte, la mitad también es mío, pero no lo pienso pedírsela. Para mi hermanastra, que me trató tan bien

-Mejor, Lola, no necesitas dinero, ni tampoco discusiones. Anda dime qué te debo.

-Es un regalo Pedro, para ti y tu hija. Es bonita, le gustará.

-De verdad Lola que eres generosa.

-Me sobra en casa, Pedro. Venga, vete que ya habrán llegado.

-Está mi mujer como loca y María, no veas. Hasta la lampara ...

-Voy a poner una infantil. La semana que viene voy a comprar todo.

-Vale te dejo.

-Adiós pedro. ¿Sabes algo de Jesús?

-Nada niña- mintió con pena.

-Vale, hasta pronto.

Y ella tuvo a su niño el 20 de mayo, casi trabajando.

Y allí lo tuvo, le ayudó una partera del pueblo y Javier y le dio puntos, se llamó a María y en la pequeña ambulancia la llevaron a casa.

-María- le dijo el Médico, -están bien, pero ya sabes, que descanse.

-Sí doctor, yo me ocupo de Jesús. Y cualquier cosa lo llamo.

-Me pasaré a diario por allí una semana al menos para curarla y ver cómo están ambos.

Y María se quedó a dormir con ella un mes.

Al mes. ella se quedaba ya con su niño Jesús, lo registró con los apellidos de él y el suyo. Jesús Moreno Pérez. Era tan bonito..., con el pelo rubillo y los ojos azules. Se parecía a ellos.

Y pasaron los meses y entró de nuevo al trabajo. Estaba recuperada del todo y el niño había cumplido cuatro meses y lo dejaba en la guardería y cuando comía y tomaba café, lo recogía y se iban a casa.

Disfrutaba tanto con su hijo...

Hizo las pruebas de ADN para su suerte o su mala suerte, era hijo de Jesús, el verdadero Jesús.

Pasó una Navidad con él, sin tener noticias de Jesús.

Y volvió a pasar otro año y su hijo había cumplido su primer añito y siete meses y esa Navidad sí que puso de nuevo el árbol y compró más figuritas en el mercado navideño que pusieron en el pueblo. Hizo la compra de Navidad y cuando llegaron a casa, había un todoterreno nuevo en la puerta.

Sabía quién era y se puso nerviosa. Nerviosa porque debía decirle que era su hijo. No más mentiras. Y si tenía que irse, se iría. Había vendido el piso de su padre y tenía su sueldo ahorrado, que se quedara Jesús con lo que le correspondía. Se lo tenía guardado con los 20 que encontró en la casa en la caja. El resto se había gastado. Ella tenía para comprarse un piso y buscar trabajo o comprarse una casita en el pueblo y vivir allí. La vida era barata. Y podía presentarse a las oposiciones, como interina tenía puntos y obtener una plaza.

Eso lo tenía en mente siempre. Lo haría. Si el año siguiente salían plazas de oposiciones. Se compraría los libros y se presentaría a los exámenes. A María la tenía cuando necesitaba dejar al chico para ir a Málaga a comprar o arreglar documentación.

Cuando llegó al porche, sacó el cochecito y metió la niño. Hola Jesús, y le dio la llave.

-Puedes meterlo dentro, hace un frio que pela, voy a meter el coche en el garaje, y sacar las cosas.

-Pues cuando acabes, hago lo mismo.

Y cuando entró en casa, salió Jesús. Había puesto la calefacción y le había quitado al niño el abrigo y los zapatitos y dejado en el parque con los juguetes. Ella se quedó extrañada. Bueno colocó la compra y puso las figuritas mientras entraba Jesús de nuevo con dos maletas y un bolso y un maletín.

-Tenemos que hablar – dijo Jesús.

-Sí, hablaremos sin mentiras de ninguna clase.

-Me parece lo mejor.

-Voy a preparar la comida y la de Jesús y luego hablamos.

-¿Le has puesto Jesús?

-Sí. Jesús Moreno Pérez.

-Lola...

-Qué.

-Es su hijo.

-No, es el tuyo. Primera verdad. Lo siento, aunque no te guste.

-¿Cómo lo sabes?

-Hice una prueba de ADN.- decía mientras le preparaba la comida que había dejado hecha. Carne con patatas.

-Lo cogió, lo sentó en la trona y le puso un babero. Le dio de comer y un yogurt.

-¿Cómo has hecho esa prueba?- le iba preguntando Jesús, mientras miraba al pequeño.

-Por descarte. Tenía análisis de sangre de Javier, y no coincidían, por tanto, no quedas más que tú seas el padre. No me he acostado con nadie más.

-¿Cuándo nació?

-El 20 de mayo. Tiene un año y siete meses.

-¡Joder Lola!, solo lo hicimos una vez desesperados.

-Pues no ha salido desesperado, sino tranquilo.

-¿Estás segura?

-Lo estoy, pero si tú no, puedes hacérselo en Málaga, aquí no.

-Te creo. Hemos dicho sin mentiras.

-¿Sabes Jesús?, después de todo prefiero que sea tuyo. Me casé con Jesús. Y prefiero que mi hijo tenga a su verdadero padre, aunque no lo quiera, siempre lo tendrá.

-¡Joder Lola!

-Sí. He pensado en todo lo que contaste, lo que viví con él en esos momentos contigo.

-Yo también.

-Espera que lo cambie y se duerma. Ahora comemos y hablamos. Mientras, si quieres tienes ese ala de la casa, de momento.

-Bien, voy a colocar mis cosas y la ropa.

-Si tienes algo de plancha...

-Lo plancharé yo.

-Muy bien.

Y ella metió a dormir al chico y se cambió de ropa.

Luego puso la mesa en la isla y esperó a que llegara él, la comida estaba caliente.

Apareció con un chándal como ella.

-¡Vaya!, parece que nos hemos puesto cómodos.

-¿Has tenido espacio para tu ropa y cosas?

-Sí, dejo para después libros y el pc.

-Tienes esa mesa.

-Gracias.

-Tiene todo lo de Javier. Y reseteeé el pc suyo. Y el móvil lo liberé. Pero debe estar ya obsoleto.

-Eso lo tiramos.

-Es la caja de abajo.

Y la cogió y se la llevó camino abajo hasta la basura.

¡Qué loco está! - dijo ella por la ventana.

Y cuando subió...

-Javier ya no está. Comamos.

-¿Te gustan las patatas con carne?

-Me gustan.

-Luego preparo la cena de Navidad.

-Perfecto.

-¿Cerveza, vino?

-Cerveza- dijo él.

Y le puso una.

Permanecieron en silencio hasta que ella lo rompió...

CAPÍTULO IX

-Bueno Jesús, quiero contarte mi historia, cómo llegué aquí, me quedé reformé la casa y demás.

Y él la escuchó. Escuchó de la noche de la tormenta, del abuelo, de la caja del dinero en el armario, de su cuidado de poco tiempo, de cómo le dejó la casa a través del médico y el dinero del banco. En total se había gastado lo del banco en la casa, con la piscina que se hizo posteriormente. Que Javier había hecho el huerto y así se enteró de las tierras que ella no sabía, del tiempo que convivió con Javier, de su encuentro con la amiga de Marina en Málaga, de que lo había conocido y él le contó una mentira. De cómo empezó a trabajar en el consultorio. Y se casó y había dejado las pastillas antes de ir de viaje de novios a Grecia y a las islas, y cuando volvieron él estaba allí.

Para mí fue duro ver lo que vi, Jesús, y con el cadáver aún caliente tener sexo contigo y concebir a mi hijo. Esa imagen se ha producido en mi cabeza durante meses. Pero también he imaginado lo que te hizo. No se lo perdono.

Le contó de donde procedía, que ella tenía dinero de su sueldo como interina, de su padre y del piso que había vendido.

-Eso es todo. Tengo para darte la aceituna del año pasado, los 20 de la cajita y siento no poder darte los 50. Están invertidos en el cortijo y es bonito.

Tengo intención de prepararme oposiciones y pedir esta plaza. Tengo puntos y nadie quiere venir aquí. Me compraré una casita y me voy al pueblo. Solo me llevaré mi mesa y la silla de despacho y la habitación de Jesús. El resto es tuyo. Lo cambiaremos de nombre. Es tuyo y siento haber hecho lo que hice. No era mi casa.

Eso es todo. Dí algo.

-Te estaba escuchando.

-¿Estás bien del todo?

-Sí, me he hecho estética y estoy perfectamente.

-¿Y tienes pensión del ejército?

-No, pero el abogado me ha conseguido una de por vida. Pienso quedarme aquí. Y me he comunicado con la base.

-¿Te vas de nuevo?

-No, eso se acabó.

-¿Entonces?

-Entonces iré dos veces al año, dos meses.

-¿Para?

-Dar clase a los nuevos pilotos. Una cosa son las horas de vuelo y otra qué puedes encontrarte. Técnicas y estrategias de cómo pilotar un helicóptero o aviones de guerra y ver el terreno. Un poco de todo.

-Pero si tienes un pensión...

-Es un trabajo eventual y me lo pagan muy bien y me gusta. Tengo que prepararlo. En marzo voy. Me contratan por ese tiempo. Y es compatible con la pensión.

-Vale.

-¿Quieres el divorcio y que pongamos todo a tu nombre? Podemos hacerlo en Navidad.

-No, Lola.

-¿No?

-Estoy casado y creo en el matrimonio para toda la vida.

-Pero Jesús, no me casé contigo.

-Sí, ese es el tema, que te casaste conmigo y tenemos un hijo. No voy a renunciar a mi hijo, ni tú tampoco. Hemos estado solos sin familia apenas.

-Sí, lo siento por ti.

-Y yo por ti.

-¿Qué has pensado?

-Lo que has hecho en el cortijo, me encanta. Me encanta mi hijo y me encantas tú. No he olvidado ese momento contigo. ¿Tú lo has olvidado?

-No, pero me he sentido infiel durante mucho tiempo.

-¿Ya no?

-No.

-No quiero que te vayas. Quiero ser parte de la vida de mi hijo. Solo estaré fuera cuatro meses y no seguidos.

-¿Quieres que me quede?

-Sí. quiero que te quedes. ¿Cómo llevabas el dinero con Javier?

-Poníamos un bote mensual.

-¿De cuánto?

-Y ella se lo dijo. Nos sobraba.

-Pondremos más. Está el pequeño.

-Pero Jesús...

-No quiero que te quedes si no quieres. Pero quiero que te quedes.

-Me gusta estar aquí y a Jesús le encanta.

-¿Dónde lo llevas mientras trabajas, a la guardería?

-Sí, lo dejo al entrar, y cuando como en el bar de Adela y me tomo el café me lo traigo. A casa.

-Desayunamos en casa, y allí le dan a mediodía fruta y la comida, y la merienda casi, echa la siesta.

-Los martes hago la compra y lo recojo un poco más tarde.

-El lunes limpio. Para tener los fines de semana libres y disfrutar de él caminar por el campo, jugar con él y así. Ahora en cuanto salgan las oposiciones voy a Málaga a comprar los libros o los pido que me los envíen.

-¿Entonces qué me dices?

-¿De qué?

-De quedarnos juntos con nuestro hijo.

-¿Pero acostándonos juntos?

-A mí me encantaría, pero no, te dejaré tiempo. Todo el que necesites, Lola, no quiero que me veas como un asesino. Pero te juro que lo hice porque estábamos en peligro los dos, que lo sepas. Hubiese vuelto de nuevo.

-¡Está bien!, me quedaré y podemos probar a ver la convivencia.

-Puedo quedarme con el pequeño.

-Tienes que preparar los cursos. Y está bien en la guardería, tiene a sus amigos.

-Iré a verla. Ponemos ese bote.

Como tú quieras. Jesús soy como en el bar. Lo hacía con Javier y tomábamos café y volvíamos. Ahora recojo la peque o compro y lo recojo.

-Me gusta la idea.

-Y hago algo por la noche de cena.

-Me parece bien.

-El menú es barato. Y el fin de semana hago la comida.

-Te ayudaré. Yo limpió el lunes.

-Eso hacía Javier.

-Eso haré yo.

-No te piques,

-No lo hago por eso, tengo que colaborar Lola.

-Está bien...

-Entonces lo tenemos todo claro.

-Sí.

Y recogieron la mesa y tomaron café.

-Tengo preparada media comida de Navidad.

-Pues te ayudo y la terminamos.

-Dejaron todo preparado mientras él le contaba lo que había hecho esos dos años.

-Te debe haber dolido.

-He sufrido, sí, pasé por la base y luego estuve en Marbella, pensando.

-Seguro que quieres que estemos aquí

-Sí, seguro, si no, no te lo hubiese dicho. Quiero ser un buen padre. Y educar a mi hijo.

Y se acercó a ella cuando habían acabado de dejar todo preparado para la cena.

-¡Qué bueno todo!

Y la abrazó.

Y ella se dejó abrazar.

Un abrazo reconfortante, de necesidad, de sanación.

-Lo siento Lola, lo siento tanto...

-Yo también lo siento.

-Bueno, basta ya. Vamos a comenzar una nueva etapa y cerrar un ciclo y te digo algo, si el hijo hubiera sido de Javier, lo hubiese criado como mío, que lo sepas. Es inocente. Y, sobre todo, es tuyo.

-Gracias.

Vamos a descansar un rato. ¿Tienes sueño?

-Me echaría una siesta, sí.

-Pues venga, el niño me despierta. Me llama desde la cuna.

Y Jesús se tumbó en el sofá y ella en el suyo. Se quedó dormido antes que ella.

-Aún tenía que darle el dinero. Después antes de la cena.

Le pareció un hombre correcto y generoso y si quería a su hijo que también era suyo... hacía tiempo que no hacía el amor, y lo deseó. Lo deseó dormido. Era alto y guapo. Se despertaría el pequeño y no habría dormido, pero sí que durmió una hora.

Cuando el peque la despertó, eran las seis de la tarde. Jesús aún dormía.

-¿Quiere mi niño la merienda?

Sí- dijo con esa media lengua y cuando pasó delante del sofá miró a Jesús y dijo:

-Papá.

-Sí, dijo ella emocionada. Es papá cariño. Voy a hacerte la fruta.

Y cuando fue a dársela se había acostado al lado de Jesús y este lo tenía sujeto por el cuerpecito.

-Jesús venga.

-Estoy con papi.

-Ya lo sé mi vida, pero tienes que merendar.

-Papi me da fruta. Y Jesús sonrió.

-¿Estás despierto?

-Sí, me ha despertado este bichito.

-Dame la fruta, anda. Y el niño le dio un montón de besos y él, le daba también y le hacía cosquillas y se reía.

-Toma el babero.

-Vamos pequeño, a tomar la fruta, sí y fue a su dormitorio y se trajo una silla bajita y se sentó frente a Jesús.

-Este niño sabe latín.

-No lo sabes bien.

Y él le dio toda la fruta.

-Jugar- dijo y Jesús lo metió en el parque.

-Se parece tanto a ti... ¿Quieres café y un mantecado?

-Mmm... Eso suena bien.

-¿Cómo te gusta?

-Con leche descafeinado por la tarde.

Y puso para los dos una bandeja con mantecados y bombones en la mesa de centro.

-Me gusta estar así. Tanta guerra.

-Olvida eso ya. Olvida todo lo malo que has pasado.

-Es difícil Lola.

-Pues lo aparcas, fue una etapa en tu vida.

-Lo intentaré en este trozo de naturaleza nuestra.

La cena fue maravillosa, hasta el niño se durmió tarde y ellos después de la siesta también.

Ella le hizo una transferencia de su dinero a Jesús. No quería los 20, pero ella insistió.

-Empecemos bien, Jesús, por favor.

-Como quieras, pero has pagado dos años de la vida de mi hijo.

-Tengo y no tiene importancia y además has gastado en rehabilitación y en operaciones estéticas.

-¿Te preocupas por mí?

-Me preocupo por todo.

-Eso es un gran peso.

-Sí, pero no puedo evitarlo. Voy a recoger y guardar lo que ha sobrado para mañana.

-Te ayudo y nos tomamos una copita.

Y cuando acostaron al niño, se sentaron en el sofá. Pusieron la tele y permanecieron callados.

Él, se sentó con ella en el suyo. Y le echó el brazo por lo alto y ella puso la mano y la cabeza en su pecho.

-Me has perdonado- le dijo Jesús.

-Por qué he de perdonarte.

-Por matar al hombre que amabas.

-No tengo nada que perdonarte. No lo tengo encumbrado, aunque conmigo se portó bien.

-¿Y en la cama cómo era?

-No voy a contestar a eso Jesús. Es privado.

-¿Cómo fui yo? No lo recuerdas, claro. En las circunstancias que pasó... ¡Maldita sea!

-A pesar de las circunstancias, tuve un orgasmo muy intenso. Fue como aferrarme a algo, fue muy bonito a pesar de todo.

-¿En serio?

-Dijimos que nada de mentiras.

-No lo he olvidado, lo recuerdo una y otra vez a pesar de que no hubo apenas caricias. Ojalá algún día me quieras como lo quisiste a él. Voy a dormir Lola, que descanses.

-¡Buenas noches!

Y la dejó con la miel en los labios. Con esa necesidad de tener caricias y un hombre en su cama, no cualquiera, era su marido. Y tuvo la tentación de ir en su busca.

¿Y por qué no? Era suyo.

Tenía que desechar esos pensamientos. Acababa de llegar.

Pasaron los días y Jesús fue a ver la guardería, hizo unas compras y como el anterior, la historia se repetía. Aunque dejaron a Raúl con el huerto. Ella le dijo que lo necesitaban.

Así que él empezó a preparar sus cursos, porque en Marzo, se iba un par de meses a Morón.

Salía a correr por las mañanas y tiró todo lo de gym de Javier, y él se compró nuevos para hacer lo que quería. Y cuando llegaba la hora de que Lola salía iba a comer con ella, tomaban el café y si había que comprar algo, iba ella y él iba a por el niño.

Jesús amaba a su hijo y el niño no pudo ver mejor que a su padre y lo adoraba. Siempre tras de él. A veces incluso lo sentaba en la silla de al lado y mientras él preparaba los cursos, el pequeño garabateaba incansable como su padre. Y dibujaba como su padre.

El fin de año lo pasaron en casa y desde el cortijo vieron los fuegos artificiales del pueblo.

Él se puso tras de ella y la cogió por la cintura. Lola se dejó, echándose en su pecho.

-Tienes frío- le dijo Jesús.

-Un poco. Aquí en la sierra en invierno siempre hace. Este año no ha nevado.

-Se está retrasado, pero lo hará.

Entraron en la casa y se quitaron los chaquetones.

-¿Quieres que vayamos a Málaga a ver los reyes?

-Aún es pequeño.

-Pero le van a encantar.

-¿Tú crees?

-Claro mujer, lo vamos a llevar y comemos allí ese día. Si quieres nos quedamos en un hotel.

-Nos vendría bien salir algo, sí.

-Pues ya, está reservo un hotel.

Y Lola le dijo que uno no, en el que había ido con Javier. Y él lo entendió.

Cuando apagaron la alarma y se iban a sus habitaciones, ella le dio la mano y tiró de 'le a la suya.

-Lola- se sorprendió él.

-¿Qué?, eres mi marido.

-¿Lo dices en serio?

-No bromeo. Te necesito.

Y la cogió en brazos para traspasar la puerta del dormitorio.

-Esta vez, no será como la primera.

Y no lo fue. Fue pasional y amoroso, fue intenso y era una conexión implacable de sexos y almas. Y cuando entró en ella, nunca habían sentido nada igual. Adoraba a esa mujer. Y se movía en ella y era perfecto. Y allí dejaron sus secretos hasta rendirse desesperados entre la nieve blanca.

-Joder Lola. Ha sido...

-Ha sido maravilloso Jesús. Y se abrazó a él.

Esa primera noche disfrutaron de sus cuerpos con pasión y ternura, pero el tiempo era cambiante y a veces era puso sexo, otras amor y todas llevaban el aroma de Jesús a su cuerpo.

Era un hombre detallista. A veces le compraba flores.

-Pero si tenemos- le decía

-No es lo mismo- y ella se reía.

Tuvieron nieve y también fueron a llevar a ver los reyes a su hijo y este se lo pasó en grande.

-Te lo dije cielo, que le iba a encantar.

-Cuando llegaron a casa abrieron sus regalos y a ella le dio una cajita con un anillo blanco y un diamante .

-Pero Jesús...

-Quiero que te quites ese. Y te pongas el mío.

-Y estas alianzas también. Estás casada conmigo, no vamos a celebrar boda, porque habría murmuraciones, pero si vivimos cuando cumplamos nuestro aniversario, nos casaremos nosotros en secreto. Esa será de verdad.

Y se quitó el anillo y se pusieron los que eran de verdad.

-Y ¿qué hacemos con estos?

-Los vendemos y te compras ropa o lo que te guste.

Después de hacer el amor...

-Cielo, quiero tener otro hijo.

Espera un año que quiero aprobar las oposiciones, Javier, el médico, me ha dicho que salen en abril, así que en cuanto vea el temario me las preparo. Quiero tener la plaza fija. Con el niño y otro embarazo, no podría.

-¡Está bien!, yo, me ocuparé del pequeño cuando esté en casa y tú estudias.

-Gracias cielo.

-Te quiero ¿sabes?

-Yo también a ti.

-Ven acá pequeña que ya mismo me voy. Tu hombre quiere comerte antes.

-¡Qué loco estás! ¡Ay, Jesús, por dios!...

Y le abría las piernas, le quitaba la ropa interior y la chupaba y lamía su sexo, hasta que Lola se corría sin remedio.

Luego ella tomaba su pene y le hacía lo mismo. A toda su geografía de hombre. Lo chupaba, lamía y lo movía con sus manos y su boca hasta que se derramaba como plata.⁷

Luego él la penetraba tenían un clímax intenso, juntos. A Lola le encantaba tenerlo dentro, en cualquier sitio o lugar, en cualquier ocasión, de cualquier forma. Era adictivo su marido para ella. lo deseaba como no había deseado al otro.

Luego se quedaban abrazados charlando un rato y besándola o le mordía los pezones que sabía que eso a ella le encantaba.

-¿Has terminado de preparar los cursos? Jesús, no me dejas.

-Sí es que me gusta. Los tengo listos, mañana voy a anillarlos al pueblo.

-Falta poco para que te vayas.

-Sí, me voy el 29 de febrero, el 1 debo estar allí.

-Queda nada.

-Sí una semana, pero hablaremos por la noche. Y te echaré de menos y al pequeño. Pero es un trabajo que me gusta y amo.

-Tienes que hacerlo. Te esperaré mientras pido los libros y empiezo.

Y esos dos meses en que se fue. Lo echo de menos en la casa y en la cama, hasta el niño lo echó de menos, pero hablaban y se veían a través del teléfono con video llamadas.

Mientras ella se inscribió en las oposiciones que eran en noviembre, compró todos los libros y material que necesitaba, hizo un libro con los exámenes anteriores de otros años y lo anilló. Y cuando llegaba a casa de trabajar y se echaban el niño y ella una pequeña siesta, merendaban y mientras el niño jugaba en su parque, ella estudiaba.

Así se le hacía el tiempo más corto hasta que viniera su amor porque comprendió que a pesar de los pesares, era el amor de su vida. Lo amaba y le daba a Dios las gracias, pero tener a ese hombre y que su hijo fuese de él. Hubiera sido distinto si no lo hubiese sido. Pero no debía pensar en ello. El pasado atrás. Ahora era una mujer feliz, con su vida, su hijo, su casa.

Ni siquiera Jesús le había pedido que se la pusiera a su nombre. Era generoso y a ella le encantaba su cuerpo, su olor, su perfume. Era coqueto, y le encantaba. Inteligente y lo admiraba. Romántico y pasional y esas cualidades lo hacían perfecto a sus ojos. Un buen padre, tranquilo.

Y ella deseaba que volviera pronto.

Y volvió a casa...

Y nunca se imaginó que la sonrisa de ella al verlo lo enamorara a él como un bobo.

Y soltó los bolsos en casa y la abrazó fuerte.

-Cielo te quiero. Te he echado de menos.

-Y yo a ti también.

Y se detuvo un buen rato besándola. Hasta que vio a su hijo en el parque mirándolos.

-Este bicho ya verás...

Lo cogió y lo abrazó y besó jugó con él mientras ella metía dentro los bolsos, excepto el que tenía los libros. Se lo dejó que lo colocara él.

-¿Hay ropa sucia, Jesús?

-Casi toda, voy a ponerte un par de lavadoras.

-Cariño yo las pongo.

-No me cuesta nada. Quédate con Jesús.

Y ella sacó toda la ropa puso una lavadora y guardó los bolsos.

CAPÍTULO X

A partir de ahí, la vida fue fantástica, pasaron el verano en la piscina. Se fueron de vacaciones a Cádiz a la playa, porque el niño era muy pequeño para llevarlo lejos o al extranjero.

En septiembre se fue de nuevo Jesús a Morón otros dos meses y ella se dedicó a su trabajo, su hijo y estudiar a fondo porque en Noviembre, tenía ya los exámenes.

Cuando volvió Jesús, a ella le quedaba un mes para los exámenes. Así que se dedicó a estudiar todo lo que pudo y él se hizo cargo de todo ese mes.

Y se presentó a los exámenes y se quedó una noche en Málaga. No quiso Jesús ir con ella y que se llevara el chico porque los exámenes duraban dos días y sola iba más tranquila.

Y cuando terminó volvió a casa.

A primeros de diciembre daban las notas y entonces irían los dos y aprovecharían para comprarle ropa al pequeño y de paso a ellos y sí que se quedarían una noche.

Al final aprobó y pudo pedir la plaza gracias a que sacó una buena puntuación. Ya no era interina, ya tenía su plaza e hicieron una celebración para celebrarlo. El pueblo estaba contento y Javier también .

La celebración con su marido fue quedarse embarazada de nuevo.

Y en un año pasaron a ser cuatro.

A la familia se le unió la pequeña Ana, en honor a la madre de Jesús.

-¿Eres feliz cielo?

-No.

-¿Por qué mi amor?

-Porque los dos se parecen a ti.

-¡Ah! ¡qué mala eres!, creía que no me querías.

-Mas que a mi vida. Eres el amor de mi vida junto a nuestros hijos.

-Y tú la mujer de mi vida. Te amo tanto que me duele.

-¡Qué suerte he tenido contigo mi amor!

-La suerte fue casarme contigo.

-No te casaste conmigo bandido.

-¿Cómo que no?- en el certificado pone Jesús.

-¡Qué guasón eres! Pero llevas razón, me casé contigo.

-¿Lo echas de menos?

-Ni por un segundo. No voy a mentirte. Me acuerdo de él. Conmigo se portó bien Jesús.

-¿Soy mejor que él en la cama?

-Para qué lo quieres saber...

-Porque quiero ser mejor. Aún tengo celos.

-¡Qué bobo eres!, como tú nadie.

-Te lo voy a demostrar pequeña.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo.

-¡Qué loco eres!... ¡Jesús!...